

El «caminito» de Teresa de Lisieux

FRANCISCO IBARMIA, OCD

Vitoria

INTRODUCCIÓN

La exposición del «caminito» es la historia de una vivencia. Nada más ni nada menos. Santa Teresa de Lisieux no hizo estudios superiores. Nunca cruzó el umbral de una universidad o de una gran biblioteca. Fue una persona poco erudita. Se pueden contar con los dedos de las manos los libros que manejó, sobre todo desde que entró en el convento a la edad de quince años. Algunos pensarán que fue una lástima el que no adquiriera una formación intelectual sólida. A otros les parecerá que tal vez esa falta ha sido providencial. Ahora tenemos en su vida y en sus escritos un maravilloso mensaje, que no tiene nada de estudio ilustrado y erudito pero sí es una experiencia, una interpretación o constatación de la presencia y de la acción de Dios en su vida. No hay suposiciones ni concesiones al sistema prefijado. Lo que allí ocurre y nos cuenta la monjita adquiere carácter paradigmático, pues no es más que el desarrollo del mensaje evangélico tal como se realiza en una persona sencilla que se pone a disposición de Dios sin opinión ni decisión tomada de antemano. Su modo de proceder es el siguiente: ella no parte del estudio y análisis del plan de Dios respecto a nosotros, como hace San Pablo al principio de la carta a los Efesios. Menos aún se basa en la exposición del proceso de la vida espiritual tal como lo presentan los autores religiosos. Teresa empieza a vivir sin ningún plan general, sin proyectos complicados y cálculos a largo plazo. Se ha dicho con razón que ella

es la «santa del hoy». No posee para emprender el camino más bagaje que la formación de una joven de una familia religiosa de su tiempo y ambiente. Una vez de iniciar el proceso va descubriendo y comprendiendo a Dios poco a poco basándose casi exclusivamente en su propia experiencia. No recibe casi nada de fuera; no dispuso nunca de un director espiritual que la entendiera y orientara, excepto en algún caso puntual.

¿Cómo siente actuar a Dios en ella y en el mundo? ¿Cuál es la actitud de Dios para con ella? ¿Qué respuesta pide, qué disposición exige él para poder realizar su proyecto en esta persona determinada?

Su vida y su mensaje es el relato de su trato directo, íntimo, inmediato con Dios, con un Dios que se le va revelando poco a poco y ella lo va entendiendo hasta que dibujó su imagen definitiva y la de su proyecto sobre ella.

Yo creo que el interrogante principal que debemos formularnos al analizar su mensaje es éste: ¿Quién y cómo es el Dios de Santa Teresa de Lisieux? Todo lo demás viene como consecuencia de este supuesto, pues a través de él entendemos nuestra condición y la respuesta que debemos dar. Tratando de amar a Dios cayó en la cuenta de cómo tenía que amar al prójimo. Con esto no quiero decir que ella fijara desde el principio su mirada en Dios sin mirarse a sí misma ni a lo que la rodeaba.

Su gran conquista primera fue la de tomar conciencia de su propia condición, de su pobreza, de su impotencia. Pero lo que le da la clave para descubrir su «caminito» es, sobre todo, la idea que llega a hacerse de Dios. Fue el descubrimiento del Dios Misericordioso, que se abaja para encontrarse con nosotros, lo que le abrió el horizonte definitivo.

I. A LA CONQUISTA DE LA SANTIDAD

1. *Grandes pretensiones*

Todo el proceso del descubrimiento de Dios y de su propio destino sigue una línea ascendente, es decir, parte de ella misma, de sus problemas, de sus aspiraciones.

¿Qué voy a ser? ¿Cuál mi destino? Este es problema que se plantea la adolescente Teresa. Aunque la llamemos la «pequeña» y ella presume, más tarde, de este nombre, sus aspiraciones son de grandeza. La *grandeza* caracteriza los proyectos, los deseos que Dios despierta en ella. Esta característica aparece ya desde el principio.

La lectura de las hazañas de las heroínas francesas, sobre todo las de Juana de Arco, despertaron su imaginación. Sus aspiraciones, para ella realistas, más que proyectos parecen sueños*. «Pensé que yo había nacido para la *gloria*, y buscando el medio para lograrla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de exponer». Y esos pensamientos son: «Dios me hace sentir que la verdadera *gloria* es la que ha de durar eternamente y que para conseguirla no es necesario realizar obras deslumbrantes sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha»... «Me hizo comprender también que mi *gloria* no aparecería a los ojos de los mortales, y que consistiría en llegar a ser una gran ¡¡¡SANTA!!!¹.

Cierto que estos anhelos no podían quedar frustrados. Teresa es esencialmente optimista. Nunca piensa en que pueda fracasar. Siem-

* ADVERTENCIA: La distribución y numeración de los escritos y la mayor parte de las citas están hechas según el texto de TERESA DE LISIEUX, *Obras completas*, Ed. Monte Carmelo. Burgos, 1980⁵.

SIGLAS: Ms A = Manuscrito A.

Ms B = Manuscrito B.

Ms C = Manuscrito C.

C = Cartas.

P = Poesías.

O = Oraciones.

RP = Récréations pieuses: Piezas de teatro compuestas por la santa.

Ima = Estampas ilustradas por la santa con textos. Oeuvres, pp. 1212-1218.

Oeuvres = Oeuvres complètes. Thérèse de Lisieux. Ed. CERF-DDB, 1992.

UC = Últimas conversaciones.

UC/G = Últimas conversaciones, Genoveva.

CRG = Consejo y Recuerdos, por sor Genoveva de la Santa Faz. Ed. Monte Carmelo, 1957.

PN = Oeuvres, Poésies (texto francés con algunas poesías más que en la traducción española).

Prières = Texto francés de las oraciones de la santa. Ed. CERF-DDB.

PO = Procés de béatification et canonisation de sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus. Procés Ordinaire (Roma, 1973).

PA = Procés de béatification et canonisation de sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus. Procés Apostolique (Roma, 1976).

¹ Ms A 32rº.

pre encuentra una salida airosa cualesquiera que sean los problemas y situaciones que tenga que afrontar. Y eso desde joven. Es que esa salida existe siempre. «Dios hace desear lo que luego quiere dar» es uno de sus lemas o convicciones. Así piensa ella que siempre se desenvuelve en el plano de la fe².

2. *Una «confianza audaz»*

Hay que buscar el camino concreto, los medios, para llegar al término propuesto. Ella percibe o intuye que esos recursos están a su alcance. «Este deseo podía parecer temerario si se tiene en cuenta lo débil e imperita que era, y lo soy..., sin embargo, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una gran Santa, porque no cuento con mis méritos, pues no tengo ninguno, pero espero en Aquel, que es la Virtud, la Santidad misma. El es sólo quien contentándose con mis débiles esfuerzos me eleva hasta El y cubriéndome con sus méritos infinitos me hará SANTA»³.

Estos pensamientos los expone cuando ya ha llegado a la madurez. No sabemos en qué medida coinciden con lo que pensaba en su adolescencia. Pero, en todo caso, exponen la orientación que en un momento u otro dio a sus ideales, y le trajo la paz y el equilibrio psíquico.

3. *Manos a la obra*

Nuestra santa, de mentalidad, es muy activa, resoluta. Apenas concibe una idea se lanza a realizarla. Es muy reflexiva por temperamento, pero no se pierde en largos razonamientos a la hora de tomar una decisión. El primer medio para llevar a cabo su propósito es el que entonces se consideraba el más fundamental, el que Dios pone providencialmente en las manos del que quiere elevar a un alto grado de santidad: el sufrimiento.

² Ms A 71rº.

³ Ms A 32rº.

Al exponer el descubrimiento del camino de la santidad, hace la siguiente advertencia: «Yo no pensaba entonces que había que sufrir para llegar a la santidad. Dios no tardó en mostrármelo enviando las pruebas que he descrito más arriba»⁴. El sufrimiento como camino real de la santidad y como muestra del amor de predilección de Dios era una de las convicciones más arraigadas en este tiempo. La siguiente frase, que aparece en una de sus cartas, nos puede dar una idea de cómo se pensaba: «No creamos que se puede amar sin sufrir, sin sufrir mucho. Nuestra naturaleza está ahí y está para algo. Es nuestra riqueza... Es tan preciosa que Jesús ha venido a la tierra precisamente para poseerla... La santidad no consiste en decir palabras bellas, ni siquiera en pensarlas, en sentirlas. La santidad hay que conquistarla a punta de espada, hay que sufrir..., hay que agonizar». Ella conocía un pensamiento del P. Pichon, que citando a Santa María Magdalena de Pazzi, escribía a su hermana María: «Dios se complace más en el alma transformada por el dolor que en el alma transformada por el amor»⁵.

El motivo principal de sus sufrimientos fue la enfermedad de su padre. «Le tocó beber (al padre) la más amarga y la más humillante de las copas. ¡Ah! Ese día ya no dije que podía sufrir todavía más». Esta prueba la denomina «nuestra gran tribulación», pero también «nuestra gran riqueza»⁶. Como dirá a otro propósito, el cáliz estaba hasta el borde. Había llegado al límite de una pena, que proviene del exterior.

Otra de las causas de sufrimiento fueron las penas interiores, las del alma. Y éstas son más dolorosas porque tocan el campo de las relaciones del creyente con Dios. Privan de toda satisfacción íntima. La santa expresa sus sentimientos en estos términos: Jesús «ha descargado un gran golpe... pero es un golpe de amor. Dios es admirable, pero es, sobre todo, amable. Por tanto, amémosle lo suficiente para sufrir por él todo lo que quiera, incluso las penas del alma, las arideces, las angustias, las frialdades aparentes. Es un gran amor el de amar a Jesús sin sentir la dulzura de este amor. Es un martirio. Pues bien... muramos mártires»⁷.

⁴ *Ib.*

⁵ C 65 y CG p. 444; cf. C 26; 51; 62.

⁶ Ms A 73r^o-v^o; 86r^o.

⁷ C 73; cfr. C 146.

Cuando se pone a contarnos los sufrimientos que le tocó soportar durante el noviciado como colmo de sus penas pone las íntimas, las espirituales: «Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no disminuyó. Por eso, pronto participó mi alma de los sufrimientos del corazón. La sequedad se hizo mi pan de cada día»⁸.

Los sufrimientos más desoladores son éstos últimos⁹. Pues al carecer de toda satisfacción, de todo consuelo en sus relaciones con Dios, se siente como abandonada, olvidada por él. Cuando uno se esfuerza por demostrar su amor a alguien, si recibe alguna señal de aceptación, de reconocimiento y de correspondencia, experimenta la «dulzura del amor». La satisfacción que se siente en un intercambio de amor es gratificante. Al faltar esa sensación, como en el caso de nuestra santa, la soledad, la desolación es total, es un verdadero martirio. Nadie la mira, nadie le atiende, nadie se interesa por ella. La pobre monjita se encuentra así. Lo admirable es que a pesar de ello se desenvuelve con paz. Hay momentos, incluso temporadas, en que no tiene ánimo, impulso natural, pero se sobrepone a fuerza de fe, de fe pura y oscura. Hay que aceptar esta situación y convencerse de que Dios trata así, principalmente, a los que más ama. Este trato es un signo de predilección, de confianza. Con los familiares no se gastan tantas atenciones. Es la manera de proceder de Dios con sus amigos más íntimos¹⁰.

Teresa acepta esta doctrina, pero cuesta mucho asimilarla vitalmente. Le sirve de símbolo el «granito de arena». Quiere ser despreciada y humillada¹¹, «pisoteada y olvidada». Pero, a veces, se siente tan desolada que desea y pide como consuelo, como garantía del interés y del amor de Dios para con ella, «una mirada, una sola mirada» del «rostro ensangrentado de Jesús»¹². Eso sería suficiente. No busca compensación humana. Se siente dichosa de ser desconocida incluso por las personas que viven con ella¹³. Pero resulta tan

⁸ Ms A 73r^o-v^o.

⁹ C 146.

¹⁰ Cfr. C 42; 43; 57; 70; 78; 62; 121; P 17,4; 22,18.

¹¹ Ms A 73v^o; C 57.

¹² C 84.

¹³ C 85.

duro, tan penoso, vivir sin ninguna respuesta, sin ninguna señal del Dios a quien se ama.

4. *Lucha infructuosa*

La joven y animosa monjita lucha, se esfuerza con una entrega heroicamente generosa. Mas, a pesar de ello, los resultados son decepcionantes. Es como para perder el ánimo. Pero una de las cualidades más relevantes en ella es que nunca se desalienta. Es sumamente realista, y acaba encontrando un sentido positivo a su situación. En este caso reconoce su pobreza, su impotencia, y la asume. Lo grande es que comprende por qué Dios es así y lo que pretende hacer, y cómo debe ella disponerse para recibir las operaciones divinas. A su prima María, que se desalienta y está a punto de renunciar a su empresa, le escribe: «Agradece a Dios todas las gracias que te concede, y no seas ingrata como para no reconocerlas. Me haces la impresión de una campesina que el rey vendría a pedir para esposa, y ésta no se atrevería a aceptar con el pretexto de no ser suficientemente rica... sin pensar que el real pretendiente conoce su pobreza y debilidad mejor que ella misma se conoce. María, si tú no eres nada no hay que olvidar que Jesús es *todo*... Tampoco hay que desear ver el fruto conseguido con tus esfuerzos. Jesús se complace en guardar para sí solo esas pequeñas nada que le consuelan... Te engañas, mi querida, si crees que Teresita marcha siempre con ardor por el camino de la virtud. La pobre es débil, muy débil, y esto lo experimenta de nuevo cada día, pero María, Jesús se complace en enseñarle como a San Pablo la ciencia de gloriarse en sus debilidades; es ésta una gracia muy grande, y pido a Jesús que te la enseñe, porque es únicamente así como se encuentra la paz y el descanso del corazón»¹⁴. Ha sido un descubrimiento trascendental. San Pablo lo consideró fundamental en su manera de entender el Evangelio. Fue para él una gracia extraordinaria. La monjita ha dado con ella sin una revelación sensible de Dios. El divino Maestro se la ha comunicado suavemente como lo hará en muchas otras ocasiones. La ha encon-

¹⁴ C 87; cfr. Ms C 15r^o; UC 5.7.1; CRG 2.7.11.

trado en lo más íntimo de su conciencia, donde el Espíritu Santo actúa sin ruido.

Esta luz ilumina uno de los aspectos más característicos de su mensaje. La santidad no se conquista. Nunca se llega a obtener unos resultados satisfactorios, gratificantes, halagadores. Hay que aceptar la debilidad, la pobreza y la impotencia y convertir esta actitud en verdadera virtud cristiana renunciando a la innata aspiración de poder presentarse delante de Dios cargados de riquezas.

5. *Una gotita de rocío*

El 25 de abril de 1893 la santa escribe a Celina una carta muy significativa. Supone ya un paso muy importante en la interpretación del sentido de nuestra vida de cara a Dios y su obra, a la que nos asocia.

Celina se sentía un poco frustrada. Sus hermanas estaban en el convento llevando una vida de consagración al Señor, realizando su vocación religiosa, que satisfacía sus elevadas aspiraciones. Pero ella no hacía nada. Aún no se había decidido definitivamente respecto a su vocación. Es cierto que había hecho el voto de castidad¹⁵ pero todavía persistían las dudas. Lo peor era que por el momento estaba atada por tener que atender a su padre enfermo. Esta vida le parecía insignificante. La pobre la arrastraba sin ilusión alguna. Teresa le quiere hacer ver que la vida, en toda circunstancia, es un tesoro y siempre se puede convertirla en una tarea magnífica. Celina debe considerarse tal como es, una cosa insignificante, sencilla, como una gota de rocío. Jesús, «la flor de los campos», no necesita más que una gota de rocío cada mañana en su corola para mantenerse lozana. Es la aportación que espera de Celina. Con eso cumple una misión sublime junto a Jesús, pues le da todo lo que le pide y todo lo que ella es y puede. Lo más costoso es aceptar esta misión tan poco brillante y satisfactoria a los ojos humanos, y, además, resignarse a permanecer en esta condición de sencillez durante toda la vida. «Para ser suyo (de Jesús) hay que ser pequeño, pequeño como una gota de

¹⁵ C 31.

rocío. ¡Oh, qué pocas almas hay que aspiren a permanecer así de pequeñas! Nuestro Amado no tiene necesidad de nuestros grandes pensamientos, de nuestras obras brillantes; si quisiera pensamientos sublimes, ¿no tiene a los ángeles...?»

Aquí está uno de los puntos básicos de la vida del creyente. Ha de aceptar el lugar y la misión que Dios le asigna por poco brillante que sea, según la apreciación humana. Pero siempre es grande a los ojos de Dios, pues la labor que él encomienda nunca deja de ser importante. Es una colaboración en la misión de Jesús, que humanamente no fue nada satisfactoria.

6. *Lo que importa*

Solemos decir que el Evangelio no es un código de normas que hemos de aceptar y cumplir. El mensaje de Jesús es la apertura de Dios hacia nosotros, que nos ofrece su amistad. Nos quiere convertir en familia suya. Por esa razón, nuestra misión no es la de ofrecerle cosas ni obras como si él no fuese capaz de realizarlas y necesitara de nuestra colaboración. Mientras estamos en este mundo no estamos ayudando a Dios a construir una morada donde nos estableceremos para siempre. Lo fundamental no es el lugar ni la morada. Lo que interesa son las relaciones con Dios, la familiaridad con él. Lo que constituye la esencia de nuestra vida y de nuestro destino es la adhesión a Dios, la entrega amorosa a él. Y nos ofrecemos como somos. Lo que constituye la medida no es la cantidad, la materialidad de la obra, sino el grado de adhesión con que nos entregamos a nuestro ser querido. Ya mucho antes, la joven monja, citando una frase de Santa Teresa de Avila, escribía a la misma destinataria: «Jesús no mira tanto la grandeza de las obras, ni siquiera su dificultad, cuanto el amor con que tales obras se hacen»¹⁶. Más tarde le llama poderosamente la atención a nuestra santa aquella afirmación de San Juan de la Cruz: «El más pequeño movimiento de puro amor le es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas»¹⁷.

¹⁶ C 40; cfr. C 89.

¹⁷ C 219.

Ha encontrado la respuesta a esta pregunta tan importante: ¿Qué espera Dios de mí? ¿Qué tengo que darle para satisfacer plenamente mis aspiraciones?

Tengo que darle lo que soy y lo que puedo hacer en las circunstancias en que me encuentro. Nada más ni nada menos. Todo puede servir para mi adhesión a Dios y para entrar en sus planes. El camino de la santidad está abierto para todos. La santidad se encuentra al alcance de todos.

7. *Un caminar poco garboso y satisfactorio*

Aunque las ideas las tenga claras y la decisión firmemente tomada, no se puede decir que ya todo está en marcha. El caminar resulta penoso, tan penoso que a veces el desaliento ronda al caminante. Aquí también hay que renunciar a toda ilusión irreal. Lo bello, lo gratificante sería andar siempre con garbo, rebosante de entusiasmo. Pero no es ése el hecho. Los acontecimientos discurren de otro modo. Nuestra naturaleza pesa y se resiste. «¡Oh, cómo cuesta dar a Jesús lo que pide! ¡Qué dicha que esto cueste! ¡Qué alegría inefable es llevar nuestras cruces *débilmente*!». A veces no sólo se siente la debilidad. Hay ocasiones en que las fuerzas flaquean y ceden. «¿Por qué asustarse de no poder llevar esa cruz sin desfallecer? Jesús, camino del Calvario, cayó hasta tres veces, y tú, pobre niña, ¿no te parecerás a tu Esposo, no querrás caer cien veces, si es necesario, para probarle tu amor levantándote con más fuerza que antes de la caída?»¹⁸

8. *La paz*

Lo más llamativo y fundamental en su mensaje es que nuestra santa no se desalienta por nada, nunca se recrimina a sí misma el fracaso, no se rebela con soberbia y despecho contra su propia impotencia. La acepta con un realismo y serenidad admirables. Tanto

¹⁸ C 57 y 59.

los sufrimientos externos como los íntimos referentes a su ideal de amistad con Dios y de santidad logra llevarlos sin alterarse.

Escuchémosla: «¡Suframos en paz! El otro día reflexionando sobre ello encontré el secreto de sufrir en paz. Quien dice paz no dice alegría, al menos, *alegría gustada*. Para sufrir en paz, basta querer lo que Jesús quiere»¹⁹. Lo que procede hacer es, sencillamente, acomodarse a la voluntad, a los planes de Dios. Si se hace esto, no hay por qué perder esa «alegría no gustada», esa paz.

Veamos su situación. Constatemos si hay lugar para una alegría viva, exultante, o si, al contrario, tendrá que contentarse con una «alegría no gustada», la que se siente al tener conciencia de estar haciendo la voluntad de Dios aunque no goce de dulzura ni satisfacciones.

La joven aspirante a la vida religiosa está preparándose para la toma de hábito. Sabemos con qué ardor intentó ingresar cuanto antes en el convento. Este acto constituye un hito de gran trascendencia en su vida. Todos piensan que estará fervorosa, llena de ilusión para dar este paso tan importante en su andadura hacia la meta de sus sueños. Pues bien, no hay nada más lejano a esto que lo que está ocurriendo. La joven ejercitante está separada del resto de la comunidad para mantenerse en coloquio íntimo con su Prometido. Pero la realidad no se corresponde con este ideal. Ella lo confiesa así: «Al lado de Jesús, nada. ¡Sequedad! ¡Sueño!» Al día siguiente: «Hoy, más que ayer, si es posible, he estado privada de todo consuelo. Agradezco a Jesús, pues lo juzga conveniente para mi alma... Pues bien, todo será para él, todo aun cuando no siento nada para ofrecerle. Entonces, como esta tarde, le daré esta *nada*. Jesús, si no me da consuelos, me da una paz grande que me hace mayor bien». Y un día más tarde se expresa en estos términos: «El cordero (sor Inés) se equivoca al creer que el juguete de Jesús (la santa) no está en tinieblas, está sumergido en ellas. Una fuerza y una paz muy grande son su único consuelo, y, además, cree estar como Jesús quiere que esté; ahí su alegría, pues de otra manera todo sería tristeza».

Aquí aparece claramente cómo se siente de cara a Dios, envuelta en tinieblas, en pura fe, sin ningún consuelo, pues no goza de gracia

¹⁹ C 63.

sensible alguna. Pero a pesar de ello, no se alarma, no se inquieta. Al contrario, disfruta de una paz profunda. La razón de esta actitud es que está convencida de que se halla así, no por castigo divino a causa de sus infidelidades, sino sencillamente porque «Jesús quiere que esté así»²⁰.

Además, este estado la va purificando de todo egoísmo, de toda búsqueda de propia satisfacción.

La comunicación con Jesús no se interrumpe. Trata de interpretar su voluntad. Sin oír su voz ni poder decirle nada, muchas veces lo único que consigue hacer no es más que dirigirle una mirada y observar, o mejor, adivinar en Jesús otra mirada e interpretarla. «¡Ah, comprendamos su mirada! Jesús nos concede la gracia insigne de instruirnos él mismo, de mostrarnos una luz escondida»²¹. Se producen situaciones en que, en medio de las dificultades y sufrimientos, lo único que está a nuestro alcance es eso: mirarle. Esa mirada servirá incluso para salvar almas. «Jesús quiere que la florecita (Celina) le salve almas, y para eso no quiere más que una sola cosa: que su florecilla le mire cuando sufre el martirio..., y es esa misteriosa mirada, cambiada entre Jesús y su florecilla, la que obrará maravillas, y dará a Jesús una multitud de otras flores»²².

9. *Caminando a oscuras*

La santa de la sonrisa no vive entre consuelos. Vio que se le escapaban y optó, en realidad forzada, por renunciar a ellos, y asumir una vida entre tinieblas como el paso de un largo y oscuro túnel.

Durante la preparación inmediata para hacer la profesión religiosa y comprometerse definitivamente a servir a Dios en la vida carmelitana, no hay novedades. Si se puede hablar de novedad o cosa inesperada, es que se ve envuelta en unas tinieblas que parece nunca se van a disipar. Ella pide estas dos cosas: Ya que Jesús no mira más que al amor, desea que él le dé mucho amor, pero no amor sensible sino el conocido solamente por Jesús. Lo segundo que anhela es la

²⁰ C 51; 50; 54; cfr. O 2.

²¹ C 74.

²² C 107.

gracia de no ofenderle, pues cree que Jesús puede concederle este privilegio, por lo menos el de no cometer faltas muy conscientes sino solamente de las que no ofenden a Jesús sino que únicamente humillan y refuerzan el amor»²³.

Aquí tenemos una confesión sorprendente de una santa que se prepara a hacer la profesión religiosas. Oigamos lo que nos revela: «No entiendo el retiro que estoy haciendo. No pienso en nada. En una palabra, me encuentro en un subterráneo muy oscuro. Pedid a Jesús... que no permita que las almas se vean privadas, por mi causa, de las luces que les son necesarias, sino que mis tinieblas sirvan para esclarecerlas»²⁴.

Aquí empieza a vislumbrarse la Teresa más auténtica. Está en la más absoluta sequedad, como abandonada por Dios. Pero no se le ocurre interpretar este estado como castigo de Dios y culparse a sí misma. Piensa ésta es una ocasión más en el camino y hay que tratar, simplemente, de convertirla en luces para los que las necesiten. Ella aguanta y está dispuesta a permanecer en la oscuridad.

Durante este mismo retiro describe su estado de ánimo. Ella ha manifestado al Esposo cuál es el objetivo que anhela alcanzar: Es el de llegar a la cumbre de la «montaña del Amor». Pero no le fija ninguna ruta. Le deja libre para que él la lleve por el camino que juzgue más conveniente. Se fía totalmente de él. Y está segura de que la conducirá al término deseado. El Prometido la toma de la mano y la introduce en un subterráneo oscuro donde no se divisa nada. «Mi Prometido no me dice nada ni yo tampoco le digo nada, sino que le amo más que a mí misma... No veo que avancemos hacia la cumbre de la montaña porque nuestro viaje se realiza bajo tierra, sin embargo, me parece que nos acercamos sin saber cómo. La ruta que sigo no es de ningún consuelo para mí, sin embargo me aporta todos los consuelos porque es Jesús el que lo ha escogido, y yo deseo consolarle a él, a él sólo»²⁵.

Ahora tampoco se le pasa por la mente atribuir la sequedad y oscuridad a su respuesta deficiente. Lo único que se le ocurre pen-

²³ C 89; cfr. Ms A 80v^o; O 2; UC 25.7.7.

²⁴ C 90; UC 30.7.16; cfr. C 81.

²⁵ C 91.

sar es que éste es el camino escogido por Jesús. Al estar convencida de eso, lo lógico es que lo acepte llanamente sin angustias ni alarmas.

Con esta confianza y seguridad se desenvuelve ante Dios. Exactamente igual que de niña procedía en su familia donde se sentía tan comprendida, aceptada y querida por todos. La joven monja no ha hecho más que trasladarse de una familia a otra, del trato de unos seres queridos y amables a otros que poseen las mismas cualidades. Ella piensa, sobre todo, en la persona, en el ser querido más que en las circunstancias que envuelven el transcurso de su vida concreta. Las situaciones cambian, se suceden, pero la persona se mantiene idéntica en su actitud para con ella. Veamos lo que escribe a su hermana María: «Su viaje de bodas (de Teresa) es muy árido. Su Prometido, es verdad, le hace recorrer países fértiles y magníficos, pero la *noche* le impide admirar nada. Usted, tal vez, va a pensar que ella se aflige por eso, pero no...; pues ella es muy dichosa de seguir a su Prometido por el amor de él sólo y no por sus regalos. El sólo es tan bello, tan atrayente, incluso cuando *se calla...*, hasta cuando *se esconde*»²⁶.

Camina en pura fe. Pero no se queja. Acoge gozosa el proceder de su Esposo por extraño que pueda parecer.

No piensa que esto suponga ninguna anomalía. Es sencillamente la misteriosa manera de actuar de Dios, y ella no la discute. La reconoce y se acomoda, sumisamente, a ella. Aquí es el Jesús, que se calla, en otras ocasiones menciona al Jesús, que se duerme, y antes, era incluso el Niño Jesús, que parecía portarse como un auténtico niño, por caprichos. Ahora no hay caprichos en él, sólo un misterio que la monjita respeta. Hay que dejar a Dios actuar libremente, según su beneplácito.

En esta situación, lejos de amilanarse y renunciar a sus grandes anhelos, parece que apunta cada vez más alto. Aspira no sólo a ser tan santa como Santa Teresa, su Madre, sino que adopta por modelo y medida la perfección del Padre celestial. Abriga «deseos infinitos», no sólo justificados sino impuestos por el mismo Jesús²⁷.

²⁶ C 92.

²⁷ C 86.

10. *Dudas e inquietudes*

La oscuridad, el silencio de Jesús, no en vano envuelven la vida de la joven. Empiezan a producir sus efectos desagradables. La pobre noctámbula y solitaria recuerda, con cierta nostalgia, aquellos tiempos de los que afirma: «¡Qué *transparente* y *ligero* era el velo, que escondía a Jesús de nuestras miradas! No era posible la duda. La fe y la esperanza no eran necesarias. El amor nos hacía hallar en la tierra a aquél a quien buscábamos»²⁸. Ahora empieza a acecharle la duda, la incertidumbre, y su paz, que parecía firme e inalterable, da muestras de tambalearse.

Refiriéndose a una visita que hizo a cierta religiosa anciana enferma, a la que solía pedir algún consejo, declara: «Aquel día me encontraba yo sumamente probada, casi triste, dentro de una noche tal, que llegaba a dudar de si era o no amada por Dios»²⁹. Es la prueba más dura, que le podía sobrevenir. Ya hemos observado que si había algo de que no dudaba era de que Dios estaba siempre con ella, que no la abandonaba, de que siempre se mantenía a su lado. Pero el silencio y la falta de actividad sensible de Dios en su vida acabó por causarle esa turbación. La anciana la consoló advirtiéndole que: «nuestro Dios es el Dios de la paz».

Poco más tarde, esta oscuridad se hace más densa y se extiende a otros campos. Apenas había pasado un año desde su profesión religiosa, y la intrépida caminante «sufría por entonces grandes inquietudes interiores de toda clase (hasta llegar a veces a preguntarme si existe el cielo)». El confesor, que la comprendió, «me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*, que me atraían fuertemente, pero por los que no me atrevía a navegar». Y la aseguró en otro aspecto de su vida íntima. «Me dijo que mis pecados no desagradaban a Dios, que como representante suyo y en su nombre, me aseguraba que Dios estaba muy contento de mí»³⁰.

Era ésta la ayuda que necesitaba. Uno de los pocos casos que le vino de fuera. Sus ideas, su concepción de Dios, corría el riesgo de ser

²⁸ Ms A 48r°.

²⁹ Ms A 78r°.

³⁰ Ms A 80v°.

un simple producto de su sensibilidad e imaginación. Le faltaba conocer el parecer del mismo Dios, que es el que da la verdadera garantía.

Por el momento, para los problemas que le planteaba su propia vida, fueron suficientes los consejos del providencial confesor. El horizonte aparecía, si no del todo despejado, sí suficientemente señalado para proseguir su camino sin titubeos e inseguridades.

II. CAMBIO DE SENTIDO

1. *La iniciativa parte de Dios*

Hasta ahora ha ido apareciendo cómo es y cómo se acepta ella a sí misma. Se produce un gran descubrimiento: el del modo de proceder de Dios. Las competencias que él se ha reservado en su proyecto respecto al hombre.

En Teresa, las aspiraciones de conquistar la santidad se van desvaneciendo. En la vida real han aparecido su fragilidad, sus desalientos, la oscuridad y hasta las dudas que la rodean. ¿Quién la va a impulsar para no fracasar en su intento? ¿Quién le irá descubriendo y proponiendo el camino que ha de seguir? Ella está convencida de que el horizonte no se cierra, de que hay un camino abierto. Intuye que «nuestros deseos infinitos no son ni sueños ni quimeras». Están llamados a convertirse en realidad.

La única seguridad que tiene hasta ahora es la de saber que «está haciendo la voluntad de Dios». Una búsqueda sincera en este sentido no puede quedar frustrada. Aunque todavía no vislumbra claramente el camino.

Finalmente, la santa da con la clave. Empieza a percibir con claridad que «el mérito no consiste ni en hacer ni en dar mucho sino en recibir, en amar mucho. Se ha dicho que es más dulce dar que recibir, y es verdad, por lo tanto, cuando Jesús quiere reservarse para sí la dulzura de dar, no sería amable rehusársela. Dejémosle tomar y dar todo lo que quiera, la perfección consiste en hacer su voluntad».

Teresa no se encuentra en estos momentos en las alturas, pero «Jesús le enseña a sacar provecho de todo, del bien y del mal que halla en sí. Lo que a ella le toca aportar es abandonarse, entregarse

sin reservarse nada... Después de todo, ella no es hijo pródigo, no vale la pena de que Jesús le ofrezca un festín, puesto que está siempre con él».

Esta carta revela un cambio importante. La santa comprende que la iniciativa corresponde a Dios y no sólo en cuanto al camino a elegir, pues eso lo tenía ya reconocido y aceptado desde antes, sino en cuanto a la concesión de dones. No tienen carácter de recompensa, pues son otorgados antes o independientemente de las obras. Las operaciones que Dios trata de realizar son enteramente gratuitas. Lo que procede al alma es aceptar la voluntad de Dios, sus planes, aunque le resulten incomprensibles. No pedirle cuentas de nuestras ganancias, «*abandonarse*, sin reservarse nada», a ciegas. El lleva la dirección y las cuentas³¹.

Nuestro modo de proceder se simplifica: «Los directores hacen progresar en la perfección imponiendo un gran número de actos de virtud, y tienen razón. Pero mi director, que es Jesús, no me enseña a contar mis actos, me enseña a hacerlo todo por amor, a no negarle nada, a estar contenta cuando él me ofrece una ocasión de probarle que le amo; pero esto se hace en la paz, en el abandono. Es Jesús quien lo hace todo, y yo no hago nada»³².

Estas aclaraciones revelan su situación y su actitud. Se va dando cuenta de lo poco que ella aporta o puede aportar. Comprende que lo que Dios le pide es una entrega incondicional sin meterse a calcular lo que esa entrega vale. Es todo su ser que entra en los planes de Dios para que él realice en ella y por ella lo que tiene determinado. No hay que preguntarle nada a este respecto. Nada de pedirle que le descubra sus proyectos a largo plazo. Lo que procede es aceptar confiadamente su voluntad y acomodarse a ella conforme se van presentando las situaciones.

2. *Mantenerse siempre alerta y activa*

El que Dios lleve la iniciativa no quiere decir que podemos desentendernos del todo, cruzarnos de brazos y esperar en una actitud

³¹ C 121.

³² C 121; cfr. UC 3.8.2; 10.8.2; 18.8.4.

pasiva. La monotonía de la vida cotidiana pesa mucho e impone su ley. Nos presenta una tentación. Uno lleva los quehaceres cotidianos, se deja arrastrar por la rutina y la inercia. No se siente impulsado por los ideales. Estos se esfuman. Tiene la impresión de que el proceso de su vida se ha parado. Parece que Dios ya no le pide nada. Aquí es donde la santa lanza una advertencia muy pertinente. Dice que el amor hay que mantenerlo, es necesario vivir siempre con cierta tensión, no psicológica, sino de entrega constante y consciente a la realización del plan de Dios.

Cuando estamos en las tinieblas y en las sequedades, la leña no está a nuestro alcance, pues no hay entusiasmo ni grandes deseos, pero Dios quiere que nosotros demos nuestra voluntad arrojando, al menos, unas pajitas al fuego para que no se extinga. Veamos lo que nos dice: «Tengo experiencia de ello. Cuando no siento nada, cuando soy incapaz de orar, de practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, *nadas*, que complacen a Jesús más que el imperio del mundo, que el martirio mismo soportado con generosidad, por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante adusto, etc., etc... Y todo esto «para complacer a Jesús».

Lo más importante es destacar que todo se recibe gratuitamente como don de Dios y la respuesta es para complacer a Jesús, para demostrarle agradecimiento. Para eso no se necesitan obras grandes. No hay interés en ganar y acumular méritos. Hay que abandonarse confiadamente a Dios. Así se vive la relación actual, la adhesión a un ser querido con el que se mantiene un intercambio de amor, de entrega mutua. La persona a quien se ama absorbe todo. No se mira más que a ella. Ni siquiera a sí mismo.

No hay que figurarse que esto se desarrolla sin más a la perfección. «No siempre soy fiel —dice la santa—, pero no me desanimo nunca. Me abandono en los brazos de Jesús»³³.

El viaje se realiza a oscuras. Antes hablaba de un túnel. Ahora toma el símbolo de una navecilla perdida en alta mar, entre olas borrascosas. La niña, que va en ella, no divisa ninguna orilla. Ignora la ciencia de calcular las distancias y de orientarse. No sabe si está cerca

³³ C 122.

o lejos del puerto, ni si lleva la ruta adecuada. Cree que está sola en la nave. Mas no lo está. Jesús está allí, como con los Apóstoles, dormido. Por eso no le dice nada, y la noche le impide verlo. Jesús le pide que acepte el sufrimiento, la sequedad, la sensación de ausencia de él. La noche es el momento más apropiado para dar todo a Jesús³⁴.

Llevamos un camino no frecuentado. No se ve señalización alguna. Es un sendero nuevo trazado por Jesús, desconocido hasta ahora. El no quiere que encontremos en el reposo su presencia adorable. Se esconde, se rodea de tinieblas. «Tenía pocos amigos cuando se callaba delante de los jueces. ¡Qué melodía para mi alma el silencio de Jesús!... Se hace pobre para que le podamos hacer caridad; nos tiende la mano como un *mendigo*..., quiere nuestro amor; lo que mendiga Jesús es un tesoro escondido. Te ama con un amor tan grande que si lo vieras caerías en un éxtasis de felicidad, que te produciría la muerte. Mas no lo ves y sufres»³⁵.

La santa continúa dando a entender que su estado de sequedad no cambia. Aunque ama mucho a Jesús, no acierta a explicarle nada, ni logra desahogarse satisfactoriamente con él. «Cuando estoy junto al sagrario no sé decir más que una cosa a nuestro Señor: “Dios mío, vos sabéis que os amo”». Y añade una frase que caracteriza a la santa: «Y siento que mi oración no cansa a Jesús. Como conoce la impotencia de su pequeña esposa, se contenta con su buena voluntad»³⁶.

En este estado de impotencia y desamparo uno se puede abatir, por lo menos hasta cierto punto. Es lo que ocurre a Celina. Teresa trata de alentarla. «Está triste sin estar triste», pues aunque le falten la ternura de las criaturas, la preocupación y las atenciones de Jesús están totalmente centradas en ella.

«Sin que ella le vea, él la mira por la ventana... Se complace en verla en el desierto “sin otro oficio que el de amar”, sufriendo, ¡sin siquiera sentir que ama»^{36 bis}. Si sintiera que le ama, experimentaría una gran satisfacción. En esa oscuridad todo se le hace cuesta arriba, actúa sin entusiasmo, «sin deseos». Tiene la impresión de que en ella no llamea el fuego del amor a Jesús.

³⁴ C 123.

³⁵ C 124; cfr. C 73.

³⁶ C 131.

^{36 bis} C 137.

Como se desprende de estas reflexiones, Teresa ha llegado a probar muy a fondo lo que es vivir en una sequedad completa y continua. Pero aprende a desenvolverse perfectamente en estas condiciones. Cree firmemente en la presencia y acción de Jesús. Está hondamente convencida de que la mira, y no sólo eso, sino que tiene su atención centrada en ella. La acompaña, aunque su cercanía sea discreta. Pero es tan efectiva, que a pesar de que se esconde, no tanto como para no poderse la adivinar. Le detecta en sus acciones, en los efectos que produce, en las luces con que la ilumina, en el valor que le infunde para mantenerse feliz y en paz.

3. *El niño de los ojitos cerrados*

Trata de expresar su situación al pintar una imagen. Es el Niño Jesús. Lo representa con los ojitos cerrados, y da esta explicación: «He pintado a este Niño divino de manera que mostrara lo que él es para conmigo... En efecto, está dormido casi siempre. El Jesús de la pobre Teresa no la acaricia como acariciaba a su santa Madre. Esto es natural, porque la hija es indigna de la Madre. Sin embargo, los ojitos cerrados de Jesús dicen mucho a mi alma. Y ya que él no me acaricia, yo procuro complacerle»³⁷.

Son muchos los textos que recuerdan su gran problema de la oscuridad de la fe, de tener que vivir sin manifestaciones sensibles de Dios y sin gozar de los frutos del esfuerzo constante que ha de realizar para mantenerse firme y despierta en la fe. Pero a largo plazo, va adivinando, si no viendo, la actuación providencial de la mano de Dios, que la conduce por estos caminos nuevos, en que ella nunca había pensado.

III. EL ENCUENTRO SE REALIZA EN EL VALLE

1. *Criatura incapaz*

Teresa se va convenciendo cada vez más de su pequeñez e impotencia. Primero acepta la sencillez, el tener que contentarse con una

³⁷ C 139.

vida corriente, sin relieve, siendo desconocida para los demás, incluso para quienes viven con ella. Pero este género de vida puede traer muchas compensaciones. Si sabe llevarla con generosidad, con ánimo, con garbo, puede sentir la satisfacción de estar realizando brillantemente su obra, lo que Dios le ha asignado. Pero en el caso de nuestra monjita, los hechos no se corresponden con este ideal.

Se encuentra con que frecuentemente no puede orar ni practicar con ánimo la virtud. Está como agarrotada, sin fuerzas, sin ilusión. Además, muchas veces no es fiel, no pone en práctica todas las luces que recibe. Se le escapan las ocasiones de demostrar a Jesús que le ama. Cuando se encuentra así, ni se atreve a mirarse a sí misma, tan pobre y sucia se ve³⁸.

Cuando esto sucede, como en muchas otras situaciones, logra sacar algo positivo de este estado. Entiende como una gracia de Dios el que sienta la debilidad y la desconfianza en sí misma. Jesús se goza en ello³⁹.

Parece que esta debilidad que más tarde le hace exclamar: «soy la debilidad misma»⁴⁰, la debía desalentar, hacerla desistir de sus aspiraciones de llegar a ser una gran santa, de ser acogida por Dios como una hija amadísima. Pero no es así. Ella ha encontrado la salida a su situación. Es una constatación providencial. En su trato íntimo con Dios, aunque en la oscuridad, ha ido conociéndole cada vez mejor. No es capaz de escalar las alturas. Entonces, el encuentro se realizará abajo, donde ella está. Será Dios quien venga a buscarla.

2. *El Dios que se abaja*

A Teresa le ha llamado la atención el hecho de que Dios nos busque con tanto interés, de que mendigue nuestro amor⁴¹.

Es realmente asombroso ver a Dios que desea nuestro reconocimiento, nuestra respuesta, no tanto como creador y dueño, aspecto

³⁸ Cfr. C 144; 182.

³⁹ C 140; cfr. UC 7.8.4.

⁴⁰ P 45; Ms B 3vº.

⁴¹ C 124; 151; P 24.

que apenas contempla la santa carmelita, sino como nuestro Padre, o ser que pretende introducirnos dentro de su familia y entablar con nosotros relaciones de amor. Esa voluntad de Dios debe realizarse, y el proyecto entusiasma a la monjita.

El gran interrogante que se formula es el siguiente: ¿Cómo se realiza esa unión entre el Dios Absoluto, perfecto, y la pobre criatura, pequeña, imperfecta, indigente?

Aquí surge la gran intuición o descubrimiento de sor Teresa.

Ella tiene una experiencia incontrastable: es pobre, pequeña, imperfecta. Lleva años trabajando con todo su empeño para acercarse más a Dios, para hacerse más digna de ese Ser perfecto, y no hay cambio radical en ella. No sabe, ni ve posible, salir de esta condición.

En vista de semejante situación, no cabe más que una solución. El que tiene que moverse, el que ha de cambiar es Dios. A él le toca renunciar a su condición de lejano, de diferente, y acercarse a nosotros haciéndose semejante a estos seres pequeños e imperfectos. Ha de aceptarnos y amarnos tal como somos. Si no es así, no queda lugar para el encuentro, para la *confianza*, dirá la santa.

En una de sus poesías canta: «Yo necesito un corazón ardiente de ternura —que sea mi apoyo sin reserva—. Que ame todo lo que hay en mí, incluso mi debilidad... Necesito un Dios que tome mi naturaleza, que se haga hermano mío y que pueda sufrir»⁴².

En cierta ocasión decía a su hermana sor Inés: «¡Qué dicha, Madre mía, que Dios se haya hecho hombre para que podamos amarle! ¡Oh!, qué bien lo ha hecho, si no, no nos atreveríamos»⁴³.

La Encarnación, como acercamiento de Dios a nosotros, como muestra de solidarización con nuestra condición de seres limitados, sometidos irremisiblemente al sufrimiento, a la decepción, le impresionó enormemente. Nunca le preocuparon los problemas dogmáticos que plantea este misterio. Lo enfocaba desde su perspectiva práctica de familiarización de Dios con sus criaturas. En un principio, lo admira, lo agradece. Pero queda en esa postura sin pasar adelante. Luego avanza más y llega a la constatación de que ese abajamiento es la conclusión normal de un amor sincero, auténtico. Cuando el

⁴² P 23; cfr. P 44,1-2, aplicado a la Virgen.

⁴³ PO p. 157; cfr. P 44,1-2.

grande, el superior, quiere amar de veras a otro ser inferior, que es incapaz de superar su propia condición y elevarse a la altura del primero, lo normal, lo único posible, es que el de arriba se abaje, se ponga al nivel del inferior para amarle de veras.

No es admisible el paternalismo que ayuda desde arriba, sin asumir la condición del inferior. Dios no es paternalista. Dios es «Padre» en el sentido más pleno y positivo de la palabra. Por ello, es necesario que, como ella dice, se abaje, ame todo lo que hay en mí, incluso mi debilidad. «Que me ame como soy».

Lo grande es que Teresa encuentra a ese Dios de la condición que ella necesita. Este es su gran descubrimiento.

Partiendo de la experiencia que tenemos en las relaciones humanas, constata que es amor verdadero el que lleva a acercarse al ser amado, a compartir, si es posible, la vida con él. No hay auténtico amor vertical. El amor se desarrolla en horizontal, en plan de igualdad. Se dice que el amor crea o lleva a la igualdad. Se desarrolla plenamente cuando los dos amantes se sitúan en el mismo plano.

Esta norma se aplica a Dios. No nos puede amar de veras desde su beatitud de Ser Absoluto, perfecto, sin intentar acercarse a nosotros.

Teresa ha acuñado una frase muy expresiva: «Lo propio del amor es abajarse»⁴⁴. Aparece en sus escritos tardíos, nada menos que 24 veces. Esa insistencia manifiesta la importancia que tenía para ella ese pensamiento. Se puede afirmar que ése ha sido su gran descubrimiento. Podemos explicar su idea de esta manera: Dios quiere amarnos a nosotros, no como se aman las Tres Personas en la Trinidad, sino como nosotros entendemos el amor: con amor humilde y misericordioso. Así es cómo nos debe impresionar más profundamente. Además, esta concepción nos aclara alguno de los motivos de la Encarnación: sería la revelación del Dios que se abaja para unirse con la humanidad y amarla con un amor comprensiblemente auténtico. Aparecería como la culminación de todas las manifestaciones anteriores en la historia de la salvación. El hecho de preocuparse de nosotros, de buscarnos, de tratar de atraernos a él, ya era un gesto de humildad y de amor. El amor que nos dispensa desde la Trinidad es verdadero, sincero, pero el que se revela en la Encarnación, en la

⁴⁴ Ms A 3rº; Ms B 3vº.

vida de Siervo que Jesús adopta, resulta mucho más comprensible y conmovedor para nosotros.

El hecho de que Dios haya querido abajarse trae muchas consecuencias para Teresa. Una de ellas es la manera de distribuir sus gracias o carismas en la humanidad. Su evidente preferencia o debilidad por los pobres y pequeños, su intención de realizar su obra aún en los que parecen más insignificantes.

Al empezar la redacción de la «Historia de un alma», abrió el santo Evangelio y sus ojos se encontraron con esta frase: «Jesús, habiendo subido al monte, llamó a sí a los que quiso; y ellos vinieron a él» (Mc 3,13). He aquí el misterio de mi vocación, de mi vida entera y, sobre todo, el misterio de los privilegios de Jesús sobre mi alma... Desde hace mucho me he preguntado por qué Dios tenía preferencias, por qué no recibían todas las almas las mismas gracias. Por una parte están los santos convertidos, y por la otra, los que siempre han llevado una vida inocente, protegidos y asistidos por Dios desde la cuna a la tumba. Dios le hizo ver que el mundo de las almas es como el de la naturaleza, el de las flores. Son diferentes, pero todas tienen su belleza y su gracia, aún las más diminutas e insignificantes.

En el mundo de las almas ocurre algo semejante. Hay diversidad de carismas o misiones. La obra de Dios se realiza en todas ellas. No sólo en las grandes, que aparecen inundadas de gracias sensibles y gozan de una condición, al parecer, privilegiada, sino también en las pequeñas, a las que ha confiado una misión sencilla, incluso en el salvaje que no tiene más brújula que la voz de su conciencia, del que parece que Dios no se ha preocupado. También en éstas realiza su obra.

Dios, al abajarse a los pequeños y a los pobres, no se degrada. Al contrario, manifiesta su grandeza. La grandeza divina consiste precisamente en esa capacidad de abajarse. Si no atendiera más que a los grandes causaría la impresión de que no se abaja mucho.

De parte de la criatura, «la perfección consiste en aceptar la voluntad de Dios, en ser lo que él quiere que sea». En admitir el proyecto de Dios tal como él quiere llevar a cabo, en asimilar cada uno su propia condición y vocación⁴⁵.

⁴⁵ Ms A 2-3; cfr. Ms C 2vº.

La primera cuestión que plantea la santa es la de aceptar su propia pequeñez, su misión humanamente de muy poco relieve. En ella quiere Dios realizar una obra tan maravillosa como en los más grandes santos, que han llevado a término obras brillantes o han recibido extraordinarias gracias místicas. Al distinguir aquí almas grandes de almas pequeñas se trata de una grandeza que afecta solamente a lo exterior, a la forma. En la intimidad, Dios está tan presente y tan activo como en las grandes, en las pequeñas, en aquéllas en las que Dios ha confiado una misión oscura, nada llamativa a los ojos de los humanos. Lo que importa es la aceptación de la voluntad divina, de nuestro propio carisma personal; ser lo que él quiere que seamos, y no otra cosa por más que nos parezca grandiosa y mejor.

Para la perfección no hay un paradigma externo, un camino ya trazado de antemano para todos. Conforme van sucediendo los hechos se va descubriendo el camino que cada uno ha de seguir. Tiene mucho de personal, de individual. Lo que está en juego es saber asumir la vida concreta y llevarla según los designios de Dios.

Una vez que uno conoce su propia dimensión, no tiene motivos para perder la paz, ni para ninguna nostalgia ni envidia. No tiene que pensar en otros planes. Ni debe caer en la tentación de creer que está llamado, o mejor, condenado a una santidad de segunda categoría. Todas las misiones son igualmente sublimes a los ojos de Dios. El «se abaja» hasta el fondo, hasta los más pequeños. «Comprendo que el amor de nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla, que no opone resistencia alguna a la gracia, que en el alma más sublime»... en el niño, en el pobre salvaje. «¡Hasta sus corazones se digna Dios descender!»

No queda más que dejar obrar a Dios. Lo que la santa intenta aportar con la redacción de su historia es hacer ver cómo Dios actúa en una vida exteriormente muy sencilla como la suya. Veamos sus palabras: «No es mi vida propiamente dicha lo que voy a escribir, sino mis *pensamientos* acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme»⁴⁶. Se trata de interpretar la presencia y la acción de Dios en los avatares de la vida. Aun cuando Jesús se oculte, no se

⁴⁶ Ms A 3rº.

deje ver ni sentir, hay que adivinarle. Ahí está su mano misteriosa, que maneja todo⁴⁷.

Cuando uno acepta de esta manera los planes de Dios en el campo espiritual, renuncia a trazar su propio proyecto. Ya no tiene nada determinado para sí. Se abandona en las manos de Dios. En consecuencia nunca se encuentra sin posibilidades, sin salida airosa, frustrado o «quemado». Lejos de él pensar: no tengo nada que hacer, no me ofrecen nada, no me dejan abierto ningún camino. La cuestión que se tiene que plantear es: ¿Qué quiere Dios de mí en esta situación?, y, a continuación, tratar de interpretar sinceramente la voluntad de Dios y acomodarse a ella.

Al llegar a este punto en su maduración religiosa hacia el año 1894, la santa encuentra la paz, una paz inalterable que conservará incluso durante la dura prueba de la fe. Ya puede desarrollar el amor con toda confianza. Tiene la garantía de que será aceptada por Dios. Camina «bajo el signo de la paz y del amor».

3. *Permanecer siempre pequeña*

Si Dios se abaja, no hay necesidad de subir para encontrarse con él. La humildad y el reconocimiento de la dependencia frente a Dios los expresa con las imágenes evangélicas de ser y permanecer como pequeños, como niños.

Aunque teóricamente tenga ya resuelto el problema, sigue siendo difícil el aceptar la pequeñez, la insignificancia de su persona y la monotonía de una vida sin relieve. Siempre, instintivamente, se propende a lo grande, a lo brillante y llamativo. Eso es lo que satisface nuestras aspiraciones espontáneas, y que nos parecen legítimas. Al indicar a Celina que su misión era la de ser «una gotita de rocío», le advierte: «¡Qué privilegio ser llamada a una misión tan alta! Pero, para cumplirla, ¡qué necesario es permanecer sencilla! Jesús... quiere que sus gotas de rocío se ignoren a sí mismas»⁴⁸. Más tarde insiste pertinazmente en la idea de la necesidad de sentirse pequeña, pequeñísima. En las cartas que escribe a sus familiares durante el año 1895

⁴⁷ C 128.

⁴⁸ C 120; cfr. C 215.

y la primera parte de 1896, en la firma se califica a sí misma de «pequeñísima». Esto demuestra que fue una empresa nada fácil y que tuvo que luchar denodadamente para adquirir esa humildad, para aceptar su propia pequeñez. Más tarde menciona el tema como algo ya superado, por lo menos, hasta cierto punto. «Por eso, no necesito crecer, al contrario, he de permanecer pequeña, empequeñecerme cada vez más»⁴⁹. Por esos mismos días escribía un billete a sor María de la Trinidad con esta frase: «No me he equivocado al pensar que Dios os llama a ser una gran santa permaneciendo *pequeña* y haciéndose cada vez más pequeña»⁵⁰. No cabe duda de que esta pequeñez se refiere a la vida sencilla que le toca llevar dentro de la Iglesia. Quizá haya también una alusión a la oración pobre y a la carencia de gracias místicas, incluso a la fragilidad y caídas. Ya antes había intuido que su «gloria quedaría oculta a los ojos de los mortales»⁵¹. Luego va aplicando el principio a su situación en la comunidad y las relaciones con las Hermanas. En la comunidad hay que buscar el último lugar, ser mandada por las demas, etc.⁵²

No es éste un programa sólo para sí misma.

Ella desea que las demás también acepten esta manera de entender la santidad.

Toda esta concepción brota de su realismo, de que ha comprendido lo que ella y lo que Dios tiene determinado realizar al crearnos y mantenernos en estas condiciones. Esta pequeñez no hace que Dios se desentienda de nosotros. Muy al contrario, él nos busca con un interés y una insistencia que asombran.

La monjita de Lisieux piensa como San Pablo. Este Apóstol, tildado de pesimista, después de describir el estado de la humanidad, toda ella abismada en el pecado, y la actitud del pueblo elegido y amado por Dios al llegar el Mesías, al que rechazan casi en bloque, no se hunde en la desesperanza, sino reacciona exclamando: «Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para tener misericordia de todos»⁵³.

⁴⁹ Ms C 3rº; cfr. C 201.

⁵⁰ C 213.

⁵¹ Ms A 32rº.

⁵² Cfr. C 152; 215.

⁵³ Romanos 11,32.

4. *El Dios que perdona*

Teresa, al principio de la «Historia de un alma» hace dos afirmaciones: dice que no va a contar propiamente su vida, sino las gracias que Dios se ha dignado concederle. La otra advertencia es que va a «comenzar a cantar lo que he de repetir eternamente: ¡¡¡Las Misericordias del Señor!!!»

Al terminar el recorrido de su vida, salta con esta aseveración: «Después de tantas gracias, ¿no puedo yo cantar con el salmista: “El Señor es bueno, es eterna su misericordia”?» Es cierto que ha recibido muchas gracias de todo género, gracias de luces, que la han permitido orientarse sin otro guía que Jesús mismo. Pero una de las gracias más relevantes ha sido la de comprender de una manera especialísima una de las perfecciones divinas. «A otras almas les ha concedido otras luces para que pudieran honrar otros atributos suyos; a mí me ha dado su *misericordia infinita*, y, a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas... Entonces, todas se me presentan radiantes de *amor*. Hasta la justicia (y tal vez ella más que ninguna otra) me parece revestida de amor»⁵⁴.

Se nos hace extraño que una criatura inocente como es Teresa admire en Dios precisamente su misericordia de la que, al parecer, no tiene mucha necesidad. Los que han experimentado la acción de la misericordia divina son los grandes pecadores convertidos, aquéllos sobre los que se ha volcado tan ostensiblemente el perdón generoso de Dios. Eso lo vemos ya en las páginas del Evangelio. Los personajes que mejor han comprendido al Dios-Amor y más agradecidos se muestran en la práctica son los que se han sentido perdonados. Los justos no pensaban en atraer sobre sí la misericordia de Dios. San Lucas nos recuerda a una gran pecadora, figura paradigmática, que se acerca a Jesús, llena de confianza y agradecimiento, porque intuye en él toda su bondad y condescendencia.

Lo que ha llamado la atención de muchos, y entre ellos se encuentra nuestra santa, es lo que asegura Jesús: «Sus pecados, que eran muchos, se le han perdonado, por eso nuestro agradecimiento; en cambio, al que poco se le perdona, poco tiene que agradecer»⁵⁵.

⁵⁴ Ms A 83v^o; cfr. C 203; 234.

⁵⁵ Luc 7,36-50.

Los lectores del Evangelio han sacado una conclusión, que con frecuencia suelen confirmar con ejemplos tomados de la hagiografía cristiana.

Es cierto que para nuestra sensibilidad y capacidad de comprensión el amor de más calidad es el que se ejerce perdonando. Al perdonar uno se supera totalmente a sí mismo, domina su inclinación instintiva de venganza y reivindicación, de justificación de sí mismo, y se vuelca generosamente sobre el otro. Al perdonar, se abaja, cede, se humilla. Esta es la manera auténtica de amar. En consecuencia, el que se siente perdonado, siente el deseo de agradecer la actitud del que se ha manifestado indulgente con él, de corresponderle con la entrega de sí mismo, ya que el otro se le ha acercado.

Teresa, que quiere amar tanto a Dios, debe sentirse perdonada. No le han de faltar motivos para amarle como el que más, «como nadie le ha amado». Se da cuenta de que Dios tiene varias maneras de ejercer su misericordia. En algunos casos, se compadece del pecador después de la caída como ocurre con la citada pecadora del Evangelio. En otras ocasiones sigue un procedimiento distinto. La santa explica estas dos maneras de proceder con un ejemplo muy sencillo y claro. Un médico tiene dos hijos. Uno de ellos tropieza en una piedra, cae y se hace daño. El padre lo levanta y lo cura con todo el interés y cariño. Al ver que el otro puede sufrir el mismo percance, el padre, prevenido, se adelanta a retirar la piedra y evita la caída de su ser querido. Ciertamente este segundo hijo no tiene por qué pensar que su padre le quiere menos o que le muestra menor cariño. Muy al contrario, tiene motivos para estar hasta más agradecido que el primero. Y continúa la santa: «Pues bien, yo soy esta hija, objeto del *amor preveniente* de un Padre que no ha mandado a su Verbo para rescatar a los justos sino a los pecadores. El quiere que yo le ame, porque me ha perdonado, no mucho sino todo. No ha esperado a que le ame mucho como santa Magdalena, sino que ha querido *hacerme saber* con qué amor de *inefable prevención* me ha amado él a fin de que yo ahora le ame con *locura*. He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida. ¡Ah!, cuánto me gustaría desmentir estas palabras»⁵⁶.

⁵⁶ Ms A 38v^o-39r^o; C 109; 201; 220; O 14; cfr. P 19; PN 41, est. 3.

La monjita intuye algo muy importante, algo básico, que no logra conceptualizar y expresar con claridad. Nosotros vamos a intentar hacerlo brevemente.

Tenemos que humillarnos delante de Dios. Esto se realiza normalmente, y a eso responde nuestro lenguaje y experiencia, reconociendo nuestros pecados y aceptando el perdón que Dios, generosamente, nos ofrece.

Pero hay casos, que probablemente no son tan excepcionales, en que la persona reconoce la bondad gratuita y la misericordia de Dios porque ella es pobre antes de dejarle caer en el pecado. Este es el caso de Teresa. Esta se humilla, no a la vista de sus pecados perdonados, sino por la manera de actuar de Dios con su misericordia preventiva, totalmente gratuita, que implica un amor especialísimo de Dios. Por esta razón, los que se sienten tratados por Dios con este procedimiento tienen motivos más que suficientes para ser humildes y estar agradecidos a Dios. Así se realiza la humildad del alma inocente. Dado esto, se comprende que ella se sienta privilegiada reconociendo los dones divinos, pero sin orgullo, porque Dios escoge a quien quiere y derrama sus gracias gratuitamente. Esta humildad la purifica como a los pecadores el arrepentimiento después del pecado.

La preocupación por este tema la absorbe durante el año 1895 como se puede comprobar en la pieza teatral sobre Marta y María (P 19) que compone por este mismo período y, unos años antes en la carta 109 menciona ya la misma cuestión. En el último año de su vida vuelve a insistir en las cartas 201 y 220.

Para ella esta reflexión se convierte en uno de los ejes principales de todo su pensamiento religioso. Nuestro Dios no es un Dios que ha venido a disfrutar del trato de seres perfectos, sino a salvar a los pecadores. Toda la grandeza del amor de Dios se revela en el hecho de que viene a buscar a los pobres y no a seres indignos, de por sí, de su amistad. En cierta ocasión exponía este pensamiento a su hermana Celina: «Hasta podría crear almas tan perfectas que no tuviesen ninguna de las debilidades de nuestra naturaleza. Más no; él cifra sus complacencias en las pobrecitas criaturas débiles y miserables. Sin duda que esto le gusta más»⁵⁷. Ella se siente pobre, perdonada preve-

⁵⁷ CRG 2,21.

nientemente. No le faltan motivos para amar a Dios incluso más que las almas arrepentidas. Es que ha tenido con ella una mayor delicadeza, una manera de actuar más bondadosa, más misericordiosa.

5. *El Dios que busca mi amor*
(*Víctima del amor misericordioso*)

La joven religiosa cabiló mucho acerca de la misericordia de Dios, sobre su interés por acercarse a nosotros, por acogernos como a seres con quienes intercambiar su amor. Un día recibió una luz especialísima con la que comprendió mucho mejor la razón de ser de esa iniciativa y actitud de Dios. ¿Cómo hay que reaccionar ante ese gesto de Dios? ¿Cómo se le debe corresponder?

Era el 9 de junio de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad. Durante la acción de gracias, después de la comunión, le dio a «comprender cuánto desea Jesús ser amado», o sea, qué respuesta espera de las criaturas a las que busca. Si Dios se abaja, se humilla, y nos busca a nosotros, pobres e imperfectas criaturas, es que tiene un interés especialísimo en entablar relaciones de amor con nosotros. De no ser así, no habría explicación.

Eran numerosos en ese tiempo quienes pensaban que a Dios se le ofende mucho, por lo tanto él no puede dejar impune esta actitud de rebelión y reto de sus soberbias criaturas. Ha de descargar su rigurosa justicia sobre los que se soliviantan contra él. Esa aparece como la gran actividad de Dios: ejercitar su justicia, reivindicar su soberanía.

El gran acto de caridad consiste en ofrecerse como víctimas para que el Señor descargue sobre ellas su justicia, aplicándoles el castigo merecido por los rebeldes y así librarles de los males que debían caer sobre ellos.

Teresa se pone a pensar: Si la justicia de Dios es así de exigente, ¿será que al crearnos tan pobres y miserables como somos, su intención principal sería la de tener la posibilidad de ejercitar su justicia vindicativa?

De ser así, la historia de la humanidad estaría condenada a convertirse en una historia de pecadores y castigos. Nada más. A eso se reduciría la obra de Dios.

La luz que recibió fue la de hacerle comprender que eso no es posible. Veamos cómo razona: «Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios a fin de desviar y atraer sobre sí los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

...Exclamé... ¿sólo vuestra justicia recibirá almas que se inmolan como víctimas? ¿No tiene también vuestro *amor* misericordioso necesidad de ellas? En todas partes es desconocido, rechazado... ¡Oh, Dios mío! ¿Deberá vuestro amor despreciado quedarse encerrado en vuestro corazón? Yo creo que si encontráseis almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro Amor, las consumiríais rápidamente. Me parece que os sentiríais dichoso de no tener que contener las olas de infinitas ternuras que hay en vos... ¡Oh, Jesús mío!, que sea yo esta dichosa víctima, consumid vuestro holocausto con el fuego de vuestro divino Amor»⁵⁸.

Como se ve por el texto, ha percibido con claridad una cosa muy importante: que Dios, al crearnos pobres y abocados a cometer pecados, no pretendía preparar el campo para ejercitar su justicia vindicativa. Eso le parece inconcebible en un Dios-Amor, en un Dios misericordioso. Además es contrario a su propia experiencia.

La razón del proyecto divino es la de ejercitar su Amor Misericordioso. Descargar todo el amor que tiene como reprimido. Es lo que la mayoría de los cristianos ignoran. Ella ha sido iluminada por Dios y quiere ofrecerse como víctima para que Dios pueda descargar sobre ella, no su justicia sino lo que él más desea: su Amor Misericordioso. Si un alma se dispone a hacer esa ofrenda de sí misma, el Amor divino se pondrá en acción y la envolverá, la consumirá.

Esta idea le vino durante la misa y ella se ofreció en el acto sin fórmula preparada. Al salir de la misa, con los ojos inflamados, respirando un santo entusiasmo, se dirigió a la Madre Priora. Le contó, en pocas palabras, cómo acababa de ofrecerse como víctima de holocausto al Amor Misericordioso. Luego invitó a algunas personas de confianza para que hicieran otro tanto. La Madre Priora no comprendió de qué se trataba y no le dio importancia por el momento. Hubo en la comunidad algunas religiosas que al enterarse de su contenido

⁵⁸ Ms A 83r^o; O 1; cfr. Prières, p. 85.

pensaron que dejaba de lado a la justicia divina. El descubrimiento abre una era nueva en la vida de Teresa.

Empieza muy pronto a experimentar esa operación. Así lo confiesa: «Madre mía, vos, que me permitisteis ofrecirme así a Dios, sabéis los ríos, o mejor, los océanos de gracia que han venido a inundar mi alma. ¡Ah!, desde aquel día feliz me parece que el Amor me penetra y me rodea; me causa la impresión de que este *Amor Misericordioso* me renueva, purifica mi alma y no deja en ella ninguna traza de pecado»⁵⁹.

Así siente que se realiza en ella la obra de Dios.

Este Dios aparece a la experiencia de la santa como si tuviese necesidad de encontrar unos seres que aceptaran su amor. Se dice que la historia de la salvación es una serie de gestos de Dios, que nos declara su amor, deseoso de que comprendamos su actitud y le aceptemos.

Tal vez, dejándonos llevar un poco por la metafísica griega, que considera a Dios como perfecto, acabado, cerrado en sí mismo, hemos planteado en una perspectiva no adecuada, no bíblica, el problema de las relaciones de Dios con la humanidad. La Sagrada Escritura presenta a un Dios que nos busca, hasta nos persigue, con un interés incomprensible. Es eso lo que revela, sobre todo, la Encarnación. La experiencia y el planteamiento de nuestra monjita va en esa línea. Si se la toma a la letra, puede causar la impresión de que es incompatible con el concepto del Dios trascendente y perfecto en sí, que no necesita de criaturas para completarse en su ser o en sus operaciones. Pero ahora ya los teólogos mismos empiezan a plantearse en una nueva perspectiva la cuestión del significado y del lugar de la creación y del destino sobrenatural del ser humano, de la encarnación y de sus efectos en Dios mismo. También el problema del sufrimiento aplicado a él. Los santos en general, y la nuestra, carente de conocimientos de filosofía y teología, en particular, miran y enjuician el problema desde la perspectiva de su propia experiencia. Es así cómo contemplan y sienten la actitud y las acciones de Dios sobre ellos. Cuando decimos que «Dios mendiga nuestro amor» expresamos un pensamiento muy serio, cargado de consecuencias. Pues eso lo sien-

⁵⁹ *Ib.*; cfr. CRG 3,15-18.

ten y confiesen los santos con plena convicción, con toda naturalidad como la cosa más normal para un creyente. Se ha dicho que Teresa insiste tanto y con tal convicción en que Dios la busca, la necesita en tal manera, que ella se dirige a él, no en busca de su propia felicidad sino para hacer feliz a Dios, que no encuentra quien comprenda su amor y se preste a aceptar unas relaciones que desea ardientemente entablar.

Aparece como un necesitado de nuestra apertura a las operaciones de su amor. Cuán lejos está de esa idea de Dios, que nos tiene preparado un premio, si nos portamos como niños formales.

6. *El amor misericordioso*

Aquí hemos de hacer una advertencia importantísima y dar una aclaración, que explica, si no justifica, el problema de Dios y de su obra en nosotros.

Dios, las Tres Personas divinas, tienen un campo adecuado, suficiente, para desarrollar y descargar todo su amor infinito: la vida trinitaria. Pero allí las Personas son dignas, y diríamos, merecedora cada una de ellas de todo el amor que recibe. Es el ejercicio de un amor justo. Este género de amor se desarrolla plenamente. Todo está a la medida de su capacidad infinita.

En relación a las criaturas humanas, el amor toma un carácter muy diferente. En primer lugar, somos limitados. Por eso no le atraemos como una Persona infinita de la Trinidad. Pero no es ese el aspecto que ahora nos interesa analizar. Tal como nos ha hecho y nos trata Dios, no podemos evitar del todo el pecado. Todos somos pecadores. Si Dios nos quiere recuperar y tomarnos y mantenernos junto a sí como hijos amados, ha de iniciar la operación por perdonarnos. Dios se abaja porque ha de ponerse a nuestro nivel de criaturas y, sobre todo, debe perdonarnos porque le hemos ofendido y le ofendemos.

Todos estamos necesitados de su misericordia. Por esa razón, él ejercita con nosotros su amor en la modalidad de misericordia, amor que perdona.

Esa sería la novedad que el amor a las criaturas, en concreto, el amor a nosotros, introduce en el ejercicio del amor en Dios.

No deja de ser un misterio por qué Dios ha buscado esta modalidad. No entendemos bien la razón por la que el Infinito no se ha contentado con las posibilidades y con la realidad de una vida perfecta, acabada, sin limitación alguna que ya posee de siempre. Lo cierto es que se trata de un hecho, y como tal hemos de acatarlo.

Desde la perspectiva de nuestra experiencia humana, el amor que perdona es el más sublime. El que perdona es el que ama de veras. Dios se nos presenta así. Nos ofrece su amor misericordioso para que veamos y sintamos que su amor es auténtico, y es un amor que le ha llevado a abajarse, a sufrir junto a nosotros y a perdonarnos. Cuando se llega a estos términos es que Dios tiene un enorme interés en relacionarse con nosotros. Quiere ganarse nuestra confianza, nuestro amor. Parece que ahí se juega él algo muy importante de su ser y de su vida. Encuentra, si así se puede hablar, como un complemento de la felicidad de que goza en su vida intratrinitaria.

De la consideración de este Amor Misericordioso hemos de sacar, como hace nuestra santa, dos consecuencias muy importantes. En primer lugar, este amor está garantizado, no hay nada ni nadie que pueda impedir su ejercicio si no es una oposición consciente y voluntaria de nuestra parte. Al término del Manuscrito «A» Teresa se pregunta: «¿Cómo acabará esta historia de esta florecilla blanca?... Lo ignoro. Pero de lo que estoy segura es de que la Misericordia de Dios la acompañará siempre»⁶⁰.

En segundo lugar hay que tener muy presente que esta garantía no invita a la dejadez, a la flojera. Muy al contrario, es muy comprometedora. «Creo que si todas las criaturas recibieran las mismas gracias que yo, Dios no sería temido por nadie, sino amado hasta la locura, y por *amor*, y no temblando, ninguna alma consentiría en causarle pena»⁶¹.

Teresa nos advierte qué es lo que Dios busca y espera de nosotros. Cita el salmo 50, en el que el autor sagrado expone lo que Dios rechaza y lo que nos pide: «el que me ofrece acción de gracias, ése me honra». Jesús tiene necesidad... solamente de nuestro amor. «¡Ah! Me doy cuenta más que nunca de que Jesús está sediento. Entre los dis-

⁶⁰ Ms A 84v^o.

⁶¹ Ms A 83v^o; cfr. Ms A 80v^o.

cíbulos del mundo sólo halla ingratos e indiferentes, y entre los discípulos suyos encuentra, ¡ay!, pocos corazones que se entreguen a él sin reserva, que comprendan toda la ternura de su amor infinito»⁶².

Es ésta la respuesta, que espontáneamente da el que comprende de veras la actitud divina. El amor sincero y tan extremado de Dios no puede dejar de conmover. Se presta a abusos, como pueden pensar algunos, solamente a aquellos que lo contemplan desde fuera, superficialmente, sin entrar en el juego, a los que no viven íntimamente sus relaciones de amor con Dios sino que solamente piensan en un juicio benigno, de hacer la vista gorda.

7. *Las condiciones para ser víctima del amor misericordioso*

A muchos nos puede ocurrir lo que a la hermana mayor de la santa. Creemos que esa doctrina es muy bella, pero nos da miedo ofrecernos como víctimas. Es comprometerse demasiado. Nos sentimos tan pobres, tan débiles, tan incapaces de corresponder a un ideal tan sublime, que nos contentamos con admirarlo y alabarlo. De hecho, nos retiramos más o menos abierta y explícitamente. Como el joven rico del Evangelio.

El ideal propuesto en esos términos por la santa hay que interpretarlo en el contexto en que nació o ha sido expuesto por ella. El término «víctima» puede crear algo de confusión. Pero es el que empleó la santa.

Se trata del amor de Dios a las criaturas, a criaturas pobres y pecadoras, necesitadas de la Misericordia divina. De modo que el ser al que nos ofrecemos es el que desea ejercitar un Amor Misericordioso.

Teresa se siente pobre, débil e imperfecta. ¿Cómo se atreve a tomar esta decisión? Veamos su explicación: «No soy más que una niña impotente y débil. Pues precisamente esa misma debilidad es la que me infunde la audacia de ofrecerme como Víctima a tu Amor, ¡oh, Jesús!... A la ley del temor ha sucedido la ley del Amor, y el Amor me ha escogido por holocausto a mí, débil e imperfecta cria-

⁶² Ms B 1vº.

tura. ¿No es acaso esta elección digna del Amor? Sí, para que el Amor quede plenamente satisfecho hace falta que se abaje, que se abaje hasta la nada, y transforme en fuego esa nada»⁶³.

Siendo así el Dios que se nos acerca, ya se comprende qué clase de víctimas busca y necesita. Son aquéllas en las que puede desahogar su Amor Misericordioso. Por eso, Teresa advierte a su hermana: «Lo que agrada a Dios en mí “es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia”. He aquí mi único tesoro... Comprended que para amar a Jesús, para ser su *víctima de amor*, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está en las operaciones de este amor consumidor y transformante. El solo deseo de ser víctima basta. Pero es necesario consentir en permanecer siempre pobres y sin fuerzas, y he ahí lo difícil, porque “¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu?” “Hay que buscarlo muy lejos”, dijo el salmista. No dijo que hay que buscarlo entre las grandes almas sino “muy lejos”, es decir, en la bajeza, en la nada... Amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu, y Jesús irá a buscarnos, por muy lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor»⁶⁴.

Poco antes de su muerte, en carta dirigida a un futuro misionero, al que no acaba de introducirle por ese «caminito» de confianza en el Amor Misericordioso, le decía: «¡Ah, hermano mío, qué poco conocidos son la *bondad*, el *amor misericordioso* de Jesús! Es verdad que para gozar de esos tesoros es necesario humillarse, reconocer la propia nada, y es lo que muchas almas no quieren hacer»⁶⁵.

La gran cualidad que se requiere para ofrecerse como víctima es la *humildad*. La humildad auténtica, la que consiste en reconocer y aceptar la realidad, y luego conducirse en consecuencia; es una virtud, si se quiere, es la virtud fundamental. La vida se construye sobre la realidad, y quien no la acepta camina siempre en falso, sobre el vacío. Pero no es nada fácil ser humilde, o reconocer y aceptar nuestra propia realidad. En el caso del planteamiento de Teresita se trata de aceptar nuestra condición de cara a Dios y su proyecto. La santa

⁶³ Ms B 3v°.

⁶⁴ C 176; cfr. C 205; Ms B 5v°.

⁶⁵ C 231.

habla de pequeñez, de fragilidad, de imperfección. Es que somos pequeños y no podemos salir de este círculo. No está en nuestras manos subir a las alturas. La experiencia nos demuestra que siempre continuamos arrastrándonos por el suelo. No logramos despegar, subir a un piso superior. Todos los intentos de deshacernos de esta condición resultan infructuosos. ¿Cómo debemos reaccionar ante esta situación? La respuesta que nos da la santa es que hay que resignarse a permanecer siempre pequeño. «El pajarito (ella) lo más que puede hacer es alzar las alitas, pero en cuanto a volar, no está en su débil poder. ¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente? ¡Oh, no! El pajarillo ni siquiera se afligirá. Con audaz abandono, quiere seguir mirando fijamente a su divino Sol»⁶⁶. Mirar siempre hacia arriba, a Dios, con ternura y confianza. Mantenerse siempre despierta, siempre alerta en esta actitud de atención. Pero a veces se falla. «Muchas veces la imperfecta criaturilla, aun permaneciendo en su sitio, se deja distraer de su única ocupación. Toma un granito acá y allá, corre tras un gusanillo..., vuelve a ocuparse de las bagatelas de la tierra». Pero no se desanima ni pierde la confianza; no se retira ni se esconde. Muy al contrario, «cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su temerario abandono, conquistar así más dominio, atraer más plenamente el amor de aquél que no vino a llamar a los justos sino a los pecadores... ¡Oh, Jesús, cómo se alegra tu pajarillo de ser débil y pequeño»⁶⁷.

8. *El «caminito»*

La descubridora del Carmelo ha encontrado un «caminito totalmente nuevo» para llegar a la santidad. Consiste, fundamentalmente, en contemplar a Dios como lo ve ella, amante y misericordioso, y tomar ante él una actitud de humildad y confianza. Por ese camino llegará a donde ella pretende.

Nunca ha renunciado a sus aspiraciones de llegar a ser una gran santa. Es cierto, y ella lo reconoce, que no se encuentra en las con-

⁶⁶ Ms B 5r^o; O 14.

⁶⁷ *Ib.*; cfr. Ms A 39r^o; RP 2, 3r^o bis.

diciones de los grandes santos, que desarrollan brillantes actividades o recibieron extraordinarias gracias místicas. Pero con todo, no se desanima. «Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Acrecerme me es imposible; he de soportarme a mí misma tal como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un camino completamente nuevo. Ahora existe el ascensor que facilita la subida. Yo quisiera encontrar un ascensor para elevarme a Jesús, ya que soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección».

Busca luz en las Sagradas Escrituras, y encuentra lo que deseaba. Da con dos textos, que le aseguran que sus pretensiones son realizables y están muy de acuerdo con las promesas divinas.

«Si alguno es pequeño, que venga a mí» (Prov 9,4).

«Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas» (Is 66,13.12).

¡Ah, nunca palabras más tiernas, más melodiosas, me alegraron el alma! El ascensor que ha de elevarme al cielo son vuestros brazos, ¡oh, Jesús! Por eso, no necesito crecer, al contrario, he de permanecer pequeña, empequeñecerme cada vez más»⁶⁸.

Imposible encontrar nada más apropiado para despertar y mantener la confianza. Dios, que invita a los pequeños; Dios, que acoge con ternura a los pequeños hasta estrecharlos en su seno. Este que nos invita no es simplemente un ser superior. Es el Dios-Amor Misericordioso, al que ha descubierto y comprendido tan bien Teresa.

Crear en la actitud acogedora de Dios, entregarse sin consideración, con verdadera audacia a la acción de su Amor Misericordioso, es tomar el verdadero camino corto y seguro. Es un auténtico ascensor.

A un misionero, que no acababa de decidirse por esta entrega confiada, le escribe: «¡Ah, cuánto deseo haceros comprender la ternura del Corazón de Jesús, lo que él espera de vos! Vuestra carta del

⁶⁸ Ms C 3rº; Ms B 1rº; cfr. C 65.

14 estremeció dulcemente mi corazón. Comprendí, más que nunca, hasta qué punto vuestra alma es hermana de la mía, puesto que está llamada a elevarse hasta Dios por el ascensor del amor, y no, en manera alguna, subiendo por la escalera del temor»⁶⁹.

Pocos meses antes de su muerte, en una carta al P. Roulland, expone lo que ella siente acerca de la misericordia y justicia de Dios, y, sobre todo, su manera de entender el camino de la perfección.

Además de los textos del Antiguo Testamento ya citados, encuentra otros muy luminosos en el Evangelio. Las enseñanzas referentes a la actitud de Jesús respecto a los niños, que tanto le encantaban. Todas ellas vienen a confirmar con gran fuerza su pensamiento.

Dice al misionero: «Mi camino es todo de confianza y de amor. No comprendo a los que tienen miedo de tan tierno Amigo». Luego expone lo que piensa de los «tratados espirituales en los que la perfección viene presentada a través de mil dificultades..., mi pobrecito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro... y tomo en mis manos la Escritura..., la perfección se me hace fácil; veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como una niña en los brazos de Dios.

Dejando para las grandes almas, para los grandes espíritus, los bellos libros, que no puedo comprender y menos practicar, me alegro de ser pequeña, puesto que sólo los niños, y los que se les parecen, serán admitidos en el banquete celestial».

La audaz monjita es consciente de que se sale de los caminos trillados y conocidos, y está abriendo uno nuevo. Por eso añade: «Me gozo de que haya muchas moradas en el reino de Dios, porque si no hubiese más que esa cuya descripción y camino me resultan incomprendibles, yo no podría entrar allí»⁷⁰.

⁶⁹ C 229; cfr. C 203; Ms B 1vº.

⁷⁰ C 203; Images 5,6 y 7; UC 27.5.5; permanecer niño: UC 6.8.8.

Los textos evangélicos que según la Madre Inés le encantaban, son los siguientes: «Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como estos niños, no entraréis en el reino de Dios; o sea, que cualquiera que se haga humilde como este niño, ése es el más grande en el reino de Dios» (Mt 18,3-4).

«Dejad a los niños, no les impidáis que se acerquen a mí, porque los que son como ellos tienen a Dios por rey» (Mt 19,14).

«Os lo aseguro, quien no acoja el reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10,15).

Ella entiende las moradas como unas casitas separadas de modo que cada una de ellas tenga su propio acceso. Eso hace que al haber muchas casas deban existir diversos caminos, algunos no descubiertos hasta ahora como el que encuentra ella. Todavía cabe uno, además de los ya conocidos, y eso justifica lo novedoso de su «caminito».

Como se ve, no es cuestión de llevar a cabo obras grandiosas, de hacer recorridos largos y penosos. Se trata de reconocer la propia pobreza e impotencia y aceptar la acción gratuita y misericordiosa de Dios, que se abaja hasta la nada, de acogerle con confianza, de corresponderle con gratitud, con una entrega ciega y generosa.

A su hermana Leonia le advierte: «Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que tú crees. Se contenta con una mirada, con un suspiro de amor. En cuanto a mí, la perfección me parece muy fácil de practicar, porque he comprendido que no hay nada que hacer más que ganar a Jesús con el corazón». Acercarse confiadamente aun después de una infidelidad. Como el niño, que después de cometer una falta se dirige confiado a su madre y la abraza. Este niño nunca será castigado⁷¹.

9. *Los que han tomado el camino de la confianza*

La debilidad, aneja a nuestra condición, trae como consecuencia que nunca nos libremos de cometer algunas faltas. Teresa lo experimentaba. Mas no por eso cae en el desaliento. Acabamos de recordar el consejo que daba a su hermana y más tarde lo repite a un misionero: después de cometer una falta no hay que esconderse sino arrojarse, cuanto antes, arrepentido, a los brazos del Dios misericordioso. Eso no quiere decir que las faltas no tengan importancia. Ella tenía sumo cuidado en evitarlas y lo ha de tener todo el que siente la bondad y la

«El que de hecho es el más pequeño entre vosotros, ése es el más grande» (Lc 9,48).

«Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla: sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien» (Mt 11,25-26; Lc 10,21-22).

«Sí, te lo aseguro: Si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Jn 3,3) (PA p. 165). Cfr. CRG 2,29-30.

⁷¹ C 171; Ms C 25r; C 229.

ternura de Dios. Después de la emoción que sintió al comprender con claridad que Dios se abaja y ama a los seres débiles e imperfectos, explica cómo esta actitud divina despertó en ella un deseo incontenible de corresponder a este amor. Exclama alborozada: «¡Oh, Jesús! Sé que el amor sólo con amor se paga. Por eso, he buscado, he hallado el modo de desahogar mi corazón devolviéndote amor por amor»⁷².

Ya hemos citado otro pasaje donde, después de relatar de qué manera supo Jesús colmar sus anhelos, afirma: «Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, Dios no sería temido por nadie, sino amado hasta la locura, y me parece que, *por amor y no por temor*, ninguna alma consentiría en causarle pena»⁷³.

Entendidas así las cosas, no hay lugar para pensar que los que toman el «caminito de la confianza y del amor» puedan descuidarse y despreocuparse y no dar a los pecados la importancia que tienen.

Para la santa, las faltas que cometen los que se han comprometido a avanzar por este camino, deben ser como pequeños descuidos, de pura fragilidad, ocasionales y no habituales ni de malicia o despreocupación. Sabemos que estuvo angustiada por la cuestión de si había cometido algún pecado grave. Recordemos cómo el P. Pichon trató de tranquilizarla a poco de entrar en el Carmelo⁷⁴.

La santa hace constantemente referencia a su debilidad e infidelidades. Nos interesa averiguar de qué género eran esas faltas que cometía.

Al año de hacer su profesión religiosa, encontrándose muy turbada por tentaciones contra la fe, concretamente con dudas sobre la existencia del cielo, tuvo una entrevista, en el confesonario, con un religioso franciscano, que había venido a predicar el retiro anual a la comunidad. Teresa le expuso sus problemas, y el director la comprendió. Ella, al relatarnos el encuentro, nos informa, entre otras cosas, de lo siguiente: «Me dijo que mis pecados no desagradaban a Dios, que como representante suyo y en su nombre, me aseguraba que Dios estaba muy contento de mí. ¡Oh, qué dicha experimenté al

⁷² Ms B 4r°.

⁷³ Ms A 83v°.

⁷⁴ Cfr. Ms A 70; y también CG, p. 564, n. 2.

escuchar estas consoladoras palabras! Nunca había oído decir que las faltas pudiesen no desagradar a Dios»⁷⁵.

Tal vez nunca había escuchado esta afirmación aplicada a ella misma y formulada tan categóricamente, pero algo de ello había intuido ya un año antes, pues en un billete que escribe a su hermana durante el retiro de preparación para la profesión religiosa, manifiesta este modo de pensar: «Creo que Jesús puede concederme la gracia de no ofenderle ya, o bien, de no cometer más que faltas que *no le ofenden*, faltas que sólo humillan y hacen más fuerte el amor»⁷⁶.

De hecho, de este género eran sus faltas y quiere que sean las de los que han creído en el Amor Misericordioso y se han consagrado a él.

Un misionero le exponía sus dudas e indecisión para tomar el camino que la monjita le proponía. Pensaba que ofendían más a Dios las indelicadezas de sus amigos que las faltas más graves de los que viven alejados de él. La santa le responde: «Soy enteramente de vuestro parecer. Pero me parece que eso es sólo cuando los suyos, no dándose cuenta de sus continuas indelicadezas, hacen de ellas costumbre y no le piden perdón...

En cuanto a los que le aman y van después de cada indelicadeza a pedirle perdón, Jesús se estremece de alegría...»⁷⁷

Hay en su vida un episodio que nos aclara esta doctrina. Allí aparece cómo reaccionaba después de cometer una falta y cómo sacaba provecho de ella.

En cierta ocasión, estando ella ya muy enferma y agotada, con su hermana, llegó una religiosa a pedirle su colaboración para acabar un trabajo. La santa hizo un gesto que revelaba cierto disgusto o rebelión por esta demanda. Pronto cayó en la cuenta de la falta que había cometido. Aquella misma noche, en carta dirigida a su hermana, le decía: «Vuestra hijita ha llorado... lágrimas de arrepentimiento, pero más aún de gratitud y de amor... Al entrar en la celda me preguntaba a mí misma qué es lo que Jesús pensaría de mí. Al instante, me acordé de las palabras que dirigió un día a la mujer adúltera: «¿Te

⁷⁵ Ms A 60vº.

⁷⁶ C 89.

⁷⁷ C 231.

ha condenado alguno?», y yo, con lágrimas en los ojos, le contesté: «Nadie, Señor», ni mi Madrecita, imagen de vuestra ternura, ni sor San Juan Bautista, imagen de vuestra justicia, ¡y sé muy bien que puedo irme en paz, porque vos tampoco me condenaréis!

Madrecita, ¿porqué, pues, es tan dulce Jesús para conmigo? ¿Por qué no me reprende nunca? ¡Ah, verdaderamente es como para morir de gratitud y amor!»⁷⁸

Es muy revelador este hecho de que Teresa nunca se sienta reprendida por Jesús. Ya hemos dicho que ella nunca pensó en atribuir la sequedad a sus infidelidades. Es que sus faltas son de pura inadvertencia, de pura fragilidad, por ello, «no disgustan a Jesús», y Jesús, a su vez, nunca tiene motivos para reprenderla.

A pesar de eso, siente sus indelicadezas para con Jesús, pero sabe sacar provecho de ellas. En la misma carta añade: «Me alegro mucho más de haber sido imperfecta, que si, sostenida por la gracia, hubiera sido un modelo de dulzura. ¡Me aprovecha tanto ver que Jesús es siempre tan dulce, tan tierno conmigo!»

10. *Siempre imperfecta*

El último año de su carrera por la tierra aparece en sus escritos una convicción muy importante. Ha constado que la perfección absoluta no se consigue en este mundo. Esa santidad no pertenece a esta existencia, que se desarrolla en la fe, en la oscuridad. Mientras se viva en fe y a oscuras, siempre habrá «distracciones», infidelidades de algún género.

Algunos autores habían descrito un estado de perfección en el que el ser humano era completamente posesionado y transformado por el Espíritu en tal medida, que se convertía en una especie de robot manejado por él. Dejaba el timón totalmente en las manos del Piloto divino. Ya no cabían desviaciones ni paradas. Todo funcionaba siempre a la perfección. «Deificados».

La experiencia de nuestra santa no se corresponde con este ideal. Nunca deja de sentir su flaqueza, de cometer faltas.

⁷⁸ C 207.

Ante esta constatación no se le ocurre pensar que hay dos grados de santidad, según lo cual, algunos serían llamados y elevados a esa meta de la perfección absoluta mientras que los demás tendrían que contentarse con alcanzar cotas más modestas.

Se pone a contrastar su situación real de cara a Dios y su proyecto para la humanidad, y llega a la conclusión de que siendo Dios tal como es y sus planes como ella los ha comprendido, tiene que ser así. Es decir, no se da perfección absoluta. No hay que pretender cambiar o corregir la actitud de Dios y su proyecto. Hay que dejarle obrar como ya tiene determinado.

Vamos a analizar su pensamiento respecto a este tema tan interesante. Hemos recordado que Dios nos ha creado para ejercitar el amor en su modalidad de misericordia, y nosotros estamos destinados a ser objeto de ese amor. Si la cosa es así, hemos de aceptar nuestra misión. Aquí hemos de repetir que «la perfección consiste en ser lo que Dios quiere que seamos». Teresa ha aceptado plenamente y con gratitud el plan divino. Hemos tenido ocasión de observar que le entusiasmó comprobar cómo Dios ejercía con ella su ternura, su misericordia. Acepta su imperfección, no sólo como una fase de su vida, que no hay más opción que atravesar, sino como definitivo estado que ha de durar hasta el último momento de su existencia en este mundo. En el fondo es un problema de humildad. A nosotros nos gusta más poder presentarnos ante Dios como acreedores que como deudores, aunque tengamos la seguridad de que se nos condonará la deuda. Esta posición siempre resulta humillante. Aun en el terreno religioso, nuestro sentimiento de dignidad y nuestra pretensión de autosuficiencia brotan inmediatamente. Esta cuestión es una de las más relevantes del Evangelio. El texto más explícito es la parábola del fariseo y del publicano⁷⁹. Tiene el mismo sentido el tema de la justificación por la fe, que desarrolla San Pablo. Lo considera tan decisivo que llega a afirmar que fue éste el punto del Evangelio que los judíos no quisieron aceptar y por ello se cerraron al mensaje de Jesús⁸⁰.

⁷⁹ Lc 18,9-14; cfr. Lc 17,7-10: «siervos inútiles»; Mt 20,7... «el trabajador de la hora undécima», que cobra sin trabajar apenas. Cfr. también CRG 2,34.

⁸⁰ Rom 9,25-33.

Teresa, al plantear el asunto de su aspiración a ser una gran santa, parte de este principio que a ella le parece fundamental: «Acrecerme me es imposible; he de soportarme a mí misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones»⁸¹. No piensa nunca que pueda conseguir ser perfecta y encontrarse sin debilidades. Siempre se coloca entre los pecadores, se identifica con el publicano; le gusta repetir su oración junto con los pecadores, con los incrédulos⁸².

A su hermano misionero le indica qué disposiciones hay que tener para seguir su «caminito»: ¡Ah, hermano mío, qué poco conocidos son la bondad, el *amor misericordioso* de Jesús!... Es verdad que para gozar de esos tesoros es necesario humillarse, reconocer la propia nada, y es lo que muchas almas no quieren hacer»⁸³.

Pero el texto más diáfano lo escribió para su hermana Celina. Esta se impacienta y luego llora de despecho porque piensa que nunca logrará las virtudes de la paciencia y de la mansedumbre. Teresa no le dice nada en el momento, mas al día siguiente le pasa un billete en que, entre otras consideraciones, le hace esta advertencia: «A veces comprobamos que estamos deseando lo que brilla. Coloquémonos entre los imperfectos, estimémonos como almas pequeñas a las que Dios ha de sostener a cada instante... Sí, basta humillarse, soportar con dulzura las propias imperfecciones; he ahí la verdadera santidad»⁸⁴. Para ella, la santidad está en disponerse a recibir lo que Dios graciosa y misericordiosamente nos ofrece. El sentirnos imperfectos es absolutamente necesario para mantenernos en la humildad, en la actitud imprescindible para abrirnos a la acción del Dios Misericordioso.

Refiriéndose a este texto, que acabamos de citar, una novicia suya, sor María de la Trinidad, nos recuerda una consideración muy profunda y audaz, que la santa le había hecho: «Nosotras no somos santas que lloran sus pecados; nos alegramos de que sirven para glorificar la misericordia de Dios»⁸⁵.

⁸¹ Ms C 2vº; cfr. Ms A 74rº.

⁸² Ms C 6rº-36vº; UC 12.8.3.

⁸³ C 231.

⁸⁴ C 215; O 8; RP 7: «El triunfo de la humildad», principalmente 4vº-5rº. Cfr. CRG 2,7-12.

⁸⁵ CG p. 1010; cfr. C 220.

En vez de estar lamentándonos de no habernos mantenido siempre limpios para poder presentarnos ante el Señor con la cabeza alta, lo que nos toca hacer es aceptar humildemente nuestra condición de pecadores, y alegrarnos de tener esta oportunidad para glorificar a Dios, a quien contemplamos ejercitando lo más admirable que tiene según nuestra apreciación: su Amor Misericordioso.

Ella constata que nunca será perfecta, pero no lamenta su destino. Aun poco antes de su muerte, después de cometer una ligera falta, exclama: «¡Oh, cuán dichosa soy al verme imperfecta y con tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de la muerte»⁸⁶.

A pesar de su inocencia, Teresa lucha por mantenerse humilde. Ha sido, como ella lo reconoce, una privilegiada, pero eso se lo debe a la bondad de Dios, que «escoge a quien quiere» y a mí «sin ningún mérito de mi parte»⁸⁷. Además, todavía comete algunas faltas, que ella reconoce con mucha sinceridad. El pecado más peligroso para las personas religiosas es el del orgullo, el del fariseo, el del pueblo de Israel en conjunto, según San Pablo.

En cierta ocasión, estando ya enferma, dice a su hermana: «¡Oh!, si fuese infiel, si cometiese aunque sólo fuera la más pequeña infidelidad, sé que lo pagaría con turbaciones espantosas, y no podría ya aceptar la muerte».

—¿A qué infidelidad os referís?

—«A entretenerme voluntariamente en un pensamiento de orgullo...»⁸⁸

También les confió a las novicias algunas enseñanzas interesantes sobre este tema. A sor María de la Trinidad le dijo un día que las tentaciones de orgullo son más peligrosas que las de impureza. Estas humillan, pero se detectan pronto y se rechazan. Aunque alguna vez se caiga, se saca siempre humildad. Las de orgullo son más sutiles y hacen más daño. Sin embargo, se cometen sin inquietarse por ello. Se deberían temer más que al fuego⁸⁹.

⁸⁶ UC 29.7.3; cfr. UC 2.8.6; 12.8.3; C 184; 201; 207.

⁸⁷ Ms A 2r^o; Ms C 35r^o.

⁸⁸ UC 7.8.4.

⁸⁹ Sor María de la Trinidad en «Carnet rouge», publicado en la revista *Vie thérésienne*, nn. 73 y 77.

Hoy los teólogos se plantean la cuestión de si se llega a una perfección absoluta. Se han propuesto interpretar en un sentido aceptable y realista la famosa frase de Lutero: «*Simul iustus et peccator*». Al mismo tiempo, justo y pecador. Los teólogos de Trento y sus seguidores hasta nuestros días veían en esta frase una contradicción. Justo y pecador son dos condiciones contrapuestas. Además, Dios, al justificar, perdona de veras y reconcilia consigo, y no sólo le considera justo para la aplicación del premio, pues en ese caso sería una justificación jurídica. Se le trataría como a justo sin serlo. Pero Dios justifica, santifica realmente. A partir del Concilio Vaticano II, algunos teólogos católicos han empezado a reconsiderar la cuestión y creen que esta expresión puede tener un sentido aceptable, muy distinto del que se le atribuyó. Querría decir algo como esto: el justo, aun el más santo, es siempre en algún grado pecador. Algún autor piensa que uno de los factores que han influido en el descubrimiento de este sentido de la frase ha sido nuestra santa. Ella lo experimentó y encontró en esta situación ineludible un sentido admirable: siempre somos pecadores porque siempre tenemos que permanecer humildes, pues siempre somos salvados por el Amor Misericordioso de Dios⁹⁰.

Así de sencillo le parece el tema a nuestra santa. Esto no obsta para que aspire al más alto grado de santidad. Durante los últimos años, inspirada en San Juan de la Cruz, le obsesionó la idea de la muerte de amor como desenlace normal de una víctima del Amor Misericordioso⁹¹. La aceptación humilde y confiada de la acción del Amor Misericordioso la purificará completamente y provocará en ella una fascinación, un anhelo incontenible de amar a Jesús hasta la locura, hasta deshacerse de puro amor. Eso es lo que ella pide al cantar:

«¡Morir de amor, dulcísimo martirio,
y es el martirio que yo quisiera sufrir!
Llama de amor, consúmeme sin tregua.
¡Oh, divino Jesús!, haz realidad mi sueño:
¡Morir de amor!»⁹²

⁹⁰ Cfr. *Dictionnaire de Spiritualité*, artículo: «*Simul iustus et peccator*», por JARED WICKS.

⁹¹ Ms A 84r^o; Ms C 7v^o; C 213; 219; 237; P 17,14; 22,26; 0.1; UC 4.6.1; 31.8.9.

⁹² P 17,14.

No aparecen en ella las señales o manifestaciones clásicas de la muerte de amor. Pero está plenamente convencida de que Dios le concederá también esta gracia. «¡Ah, es increíble cómo se han realizado todas mis esperanzas! Cuando leía a San Juan de la Cruz, suplicaba a Dios que obrase en mí lo que él decía: consumarme rápidamente en el amor, ¡y he sido escuchada!»⁹³ Es lo que pide en la fórmula de ofrenda al Amor Misericordioso⁹⁴. Y más tarde: ¡No vale la pena que eso (morir de amor) aparezca con tal que sea en realidad!⁹⁵ Su muerte estará en línea con lo que ha sido su vida: va a morir en un estado aparentemente de ausencia de Dios, de abandono. La santa la prevé, pero no la considera una desgracia. Es, más bien, una dicha: «Nuestro Señor murió en la cruz entre angustias, y, sin embargo, fue la suya la más bella muerte de amor. Es la única que se ha visto... Morir de amor no es morir entre transportes. Os lo confieso francamente: eso es lo que me parece que experimento yo misma»⁹⁶.

Este es el término del «caminito». Desemboca en los brazos del Dios-Amor. El último acto de los que lo siguen es de amor agradecido. La monjita canta:

«Por purgatorio, yo escojo
tu amor consumidor, ¡oh Corazón de mi Dios!
Mi desterrada alma, al dejar esta vida
quisiera hacer un acto de amor puro»⁹⁷

Durante su enfermedad repite constantemente⁹⁸ sus aspiraciones, repitiendo el acto de consagración al Amor Misericordioso:

«A fin de vivir en un acto de perfecto amor, YO ME OFREZCO COMO VICTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando que se desborden en mi alma las olas de ternura infinita, que están

⁹³ UC 31.8.9.

⁹⁴ O 1.

⁹⁵ UC 14.7.4.

⁹⁶ UC 4.7.2.

⁹⁷ P 23.

⁹⁸ UC 29.7.9.

encerradas en vos, para que así llegue yo a ser mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío!

Que este martirio... me haga morir, y que mi alma se lance sin demora al eterno abrazo de vuestro *misericordioso amor*»⁹⁹.

⁹⁹ O 1.